



EL CRITERIO ESPIRITISTA.

REVISTA MENSUAL.

FUNDADOR, ALVERICO PERON.

II AÑO.

Febrero de 1869.

N.º 6.

SECCION DOCTRINAL.

DOS CONTESTACIONES.

En nuestro número correspondiente al pasado mes de Enero, anunciábamos que en el del actual contestaríamos la carta de impugnación del Sr. Haro y el artículo que en *La Voz del Siglo* apareció bajo el título del *Criterio Espiritista*.

Cumpliendo con un deber de cortesía, contestaremos ántes al impugnador incrédulo que al Sr. de Haro, nuestro correligionario.

Daremos principio á nuestra refutación, consignando que hemos leido con suma complacencia la delicada, pero punzante sátira al espiritismo, que su autor se ha propuesto escribir en nuestro ilustrado colega.

La circunstancia de haber suspendido éste su publicación, pasando al campo de los muertos, le coloca completamente bajo la jurisdicción del CRITERIO ESPIRITISTA, cuyas columnas ofrecemos de buen grado al ilustrado impugnador, para que si lo juzga conveniente rebata nuestros asertos.

Decíamos que *La Voz del Siglo*, con frase ligera é intencionada, pero delicada y cortés, dejaba traslucir cierta incredulidad que no puede ofendernos, porque no desconocemos, habiendo sido incrédulos nosotros

tambien, que lo sean aquellas personas que, á más de no haber presenciado ningún fenómeno, confiesan que no han estudiado los fundamentos de la doctrina espiritista.

En efecto, suponer que es, no ya posible, sino *evidente*, para quien así lo cree, que el espíritu de Sócrates puede comunicarse con un pobre simple mortal del siglo XIX, y eso sin *milagro* y tan sólo por la simple evocación y prévia la asistencia de un medium, parece como que excede los límites de la candidez más insólita, si ya no de la más ignorante credulidad. Pero si todos los que rechazan como imposible el fenómeno lo estudiaran, ¡cuánto cambiaria su opinión!

¿Hay medios de negar racionalmente la posibilidad del *hecho*? De modo ninguno. Si el ilustrado autor de la impugnación conociera la doctrina, no incurriria en el error de suponer que sin más que evocar el espíritu de tal ó cual difunto, se sepa lo que se conspira en París, lo que se prepara en New-York y lo que se trama en Pekin y San Petersburgo.

No es esto conocer la misión del espiritismo.

Los espíritus no vienen á dar pábulo á la pereza ni fomento á la ignorancia, enseñando en una sesión una teoría desconocida.

Largas, larguissimas vigilias ha costado á los espiritistas lo que hoy saben acerca de los puntos que, discutiendo con los espíritus, han llegado á poner en claro en materias

filosóficas, y puede asegurarse que es bastante mayor el trabajo invertido para conseguir el esclarecimiento del punto menos discutible, que el que podría emplearse en abordar los más intrincados problemas de la filosofía más abstrusa.

Pero no cree ciertamente el autor del artículo de *La Voz del Siglo* que es cosa baladí el espiritismo, cuando le ha dedicado una atención que no ha despertado en los demás colegas de la prensa: la aspiración se ensalza evidentemente en el único párrafo que seriamente dedica *La Voz del Siglo* al CRITERIO ESPIRITISTA, y que dice así:

Damos la bienvenida al CRITERIO ESPIRITISTA, aún cuando nos separa de él un abismo. Rompe completamente con el modo de ser y de pensar de la mayoría. Es, por consiguiente, la fórmula más radical y más completa de la discusión libre.

Algo es confesar lo que dejamos apuntado, para que nosotros, olvidando las punzantes frases con que indicando su incredulidad el autor de la impugnación de que nos vamos ocupando y que sólo prueban duda, queramos tan sólo recordar las alabanzas que dispensa á trabajos medianísimos que califica de bien pensados y bien escritos.

Observe el fenómeno nuestro ilustrado impugnador, estudie la doctrina desarrollada en *La fórmula del Espiritismo*, y cuando por efecto de este estudio crea que debe impugnar una falsa teoría, hágalo, y nosotros le contestaremos respetando siempre sus opiniones, aún cuando separe de ellas á las nuestras un abismo, como el autor declara.

No terminaremos sin reiterar las gracias al primer escritor que ha tenido la cortesía de saludar la aspiración que hemos venido á representar llenos de una fe profunda, y poseidos de una abnegación absoluta.

Entremos ahora en la parte verdaderamente espinosa de nuestro trabajo.

Necesitamos preceder nuestra contestación de una protesta. Ni directa ni indirec-

tamente hemos provocado la polémica á que nos ha compelido el Sr. Haro. Deploramos que en el seno de la escuela espiritista aparezca el cisma; pero deseosos de someternos al juicio de nuestros hermanos, sin aspirar á otra cosa que á salvar nuestra creencia, vamos á procurar llevar al ánimo de todos el convencimiento que hay en el nuestro.

Desde el año de 1858 vengo ocupándome con incansable anhelo en el estudio de la doctrina espiritista. Y dos años después, en 1860, procuré hacer partícipe al público de mis trabajos publicando una CARTA DE UN ESPIRITISTA, que escribí por haberme lanzado un íntimo amigo mío, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, la siguiente punzante indirecta: «*¿Y qué diremos al volver los ojos á los pueblos latinos*, en los que apenas se ha sospechado *el carácter de la ciencia filosófica y en que los psicólogos son considerados como forjadores de sueños*, y la metafísica corre parejas con la *EVOCACION DE LOS ESPÍRITUS ó CON ESAS SUPERSTICIONES VULGARES*, etc.?

En esa carta hice un resumen de la Filosofía Espiritista tomada del folleto que bajo el título de *QU'EST QUE C'EST QUE L'ESPiritisme?* escribió el patriarca de la doctrina, Allan Kardec, de quien me confieso respetuoso discípulo y ferviente admirador.

No por esto acepté TODAS las doctrinas allí expuestas, pues que terminaba mi trabajo con estos renglones: «Según el autor ha expuesto, esta doctrina, que le ha sido revelada por la inspiración de los espíritus con quienes se comunica, á los cuales deja la responsabilidad, como se la deja al Sr. Kardec en algunos puntos con que no está conforme, y para discutir los cuales tendría que escribir un libro su afectísimo amigo UN ESPIRITISTA.

Desde el año de 1860 al de 1864 he seguido con constancia el estudio de la doctrina explicada por mediación de un *medium absolutamente ignorante de tales materias*, y por el cual se me anunció que otro *medium*, que á la sazón no lo era aún, me desarrollaría más extensa y razonadamente aquella doc-

trina, cuyos fundamentos entonces se ponían á mi alcance, para que los fuera compaginando.

En efecto, en 1865 tuve el gusto de ver cumplida aquella promesa. Y en el mes de Diciembre inaugure los trabajos de la Sociedad Espiritista Española.

En ella y fuera de ella he trabajado cuanto me ha sido dable, ayudado siempre por el medium que bajo mi dirección, ó mejor dicho, sufriendo mi excesivo celo, ha escrito algunas veces sin dejar el lápiz seis y ocho horas seguidas, y otras tantas, con leves intervalos, para depurar, refutar y rebatir mis opiniones ó modificar las suyas como consecuencia de la discusión con los espíritus.

Veinticuatro tomos en folio de á UNA RESMA cada uno (QUINIENTOS PLIEGOS) encierran cuanto he obtenido de los espíritus por el medium que providencialmente se me ha deparado, y nunca bajarán de tres á cuatro las horas que diariamente he destinado á ilustrar mi opinión cuando no estaba de acuerdo en la suya.

No me haga el Sr. Haro la injusticia de creer que todo esto es una exhibición de méritos, puesto que en nada de ello me ha cabido otra gloria que la de haberse dignado los espíritus distinguirme con tan señaladas muestras de benevolencia y entrañable afecto, pagando el que les he profesado y profeso. Pero repito, he citado estos hechos, para que se convenza de que mi opinión no es hija de una alucinación, sino producto de doce años de serio y largo estudio diaria y continuamente depurado, y de profunda y sincera convicción.

Con estos antecedentes, parecióme necesario asesorarme ántes de contestarle, de que no era una opinión falta de apoyo entre los incarnados la que yo profesaba de acuerdo con espíritus libres; y en su consecuencia, sometí el punto á discusión á los individuos de la Sociedad Espiritista Española que tengo el gusto de presidir.

El resultado de la discusión fué el que expondré trascibiendo la opinión de los

demás, á la que seguirá la última, que será la mía.

Hé aquí lo manifestado por el socio Aldana:

OPINION DEL SEÑOR ALDANA.

» Dos son principalmente los puntos que toca el articulista de Cádiz en su impugnación á las doctrinas sostenidas por el periódico el *Criterio*; á saber: el de si la creación fué instantánea, ó es continua, y si los espíritus son creados en estado de imperfección ó ignorancia, decidiéndose el comunicante porque la creación fué instantánea y porque los espíritus fueron creados en estado de perfección, del que decayeron por el proyecto y tentativa de emanciparse de Dios y hacerse creadores como él, muchos millones de millones de legiones (con sus jefes y principales inspectores en número de 78.000) que fueron castigados, cuando la obstinación llegó á su colmo, destruyéndose su astro ó región y formando Dios de sus restos nuestro sistema planetario desde el sol inclusive hasta la tierra y otros lugares de sufrimiento, donde los espíritus rebeldes expiarán la gravísima falta cometida.

» Este es el origen, según el comunicante de Cádiz, de todos los espíritus que encarnan, hayan encarnado ó tengan que encarnar en la tierra, pudiéndonos considerar todos los que en ella habitamos como ángeles rebeldes.

» La primera cuestión, la de si la creación fué instantánea ó debe entenderse continua, no entra precisamente en los dogmas del espiritismo. Es una cuestión de alta filosofía y de teología que lo mismo puede tratarse dentro que fuera del espiritismo, dentro del catolicismo que dentro de la religión reformada ó el protestantismo, y en otras escuelas religiosas. Pudiera por lo tanto darse de lado esta cuestión como no pertinente; pero habiendo de manifestar nuestro sentir, opinamos que la creación fué instantánea, es decir, que el Creador creó por el solo hecho de su voluntad los géneros de la creación, al mismo tiempo que las leyes que la habían de regir, dejando que se desarrollase toda ella en el tiempo y lugar previsto y ordenado en el momento del *Fiat*.

» En la segunda cuestión asienta el comunicante que Dios formó toda la creación, así de materia que de espíritu, en el momento que lo quiso, y distribuyó á los espíritus emanados de su propio ser, á quienes dotó desde luego de gran poder, inteligencia y libertad, igualándolos á sí en su amor y felicidad, en innumerables e inmensas regiones á cual más magníficas y variadas. Añade que no ha habido, ni hay, ni habrá otra creación de espíritus, y que la obra de Dios salió completa y perfecta de sus manos y continuó de esta manera por espacio de muchos siglos.

» Pero hubo espíritus, de estos perfectos, de gran poder, inteligencia y libertad, igualados á Dios en amor y felicidad, que abusando de su libre albedrío formaron todo, según el comunicante, y aun trataron de ejecutar el proyecto de emanciparse de Dios y hacerse creadores como él.

» Dotados de gran poder, ¿qué más buscaban? El poder de crear acaso, unido al parecer que les faltaba? Y cómo la inteligencia, la grande

» inteligencia de que les dotó el Creador, no les advertia de lo temerario de su proyecto? ¿Qué clase de inteligencia es esta que les conduce al absurdo?

» Si habian sido igualados al Creador en amor y felicidad, ¿qué nueva felicidad apetecian con la rebelion á que pretendian lanzarse? ¿Qué clase de amor el que les llevaba á rebelarse contra su Padre y su Dios?

» Siá pesar de lo distante de la perfeccion en que se halla en el dia la especie humana, no podemos concebir que haya uno solo de nuestros semejantes en su sano juicio que trate de destronar á Dios para sustituirse en su lugar, ¿cómo hemos de calificar sino de insensatez el proyecto de rebeldia de aquellos espíritus que el impugnador llama perfectos?

» Pero no sólo hubo proyecto de emancipacion, no sólo lo hubo de hacerse creadores, sino que hubo obstinacion en este proyecto, segun dice el señor Haro, y la obstinacion llegó á su colmo, y fué cuando Dios dispuso la formacion de nuestro sistema planetario, desde el sol inclusive hasta la tierra; y observese de paso, que esto se parece mucho á una segunda creacion, aunque el mismo articulista sostiene, como una de sus creencias, que formó en un momento toda la creacion, así de materia como de espíritus.

» Anticipándose desde luego el autor de la impugnacion, á la objecion que naturalmente se presenta contra la rebelion de los espíritus puros, cuyo acto parece á la verdad contrario á la omnipotencia e infinita sabiduria del Creador, engañándose en una de sus mejores obras, nos dice que el espíritu puro sería un automata y perderia su gran dignidad de ser libre, si le faltase la posibilidad de hacer el mal: que Dios contaba con esta posibilidad; y que como todo lo prevé, ó tiene presente, no sólo supo de antemano que la posibilidad había de convertirse en hecho, sino que hasta conocia tambien de antemano quienes eran los que habian de faltar, con cuyo conocimiento los consignó á todos los futuros, rebeldes en una sola region, sin duda para que no contaminasen á los demás, ó para tenerlos más á mano el dia del castigo, ó dominar más facilmente la sublevacion.

» Pero, no conoce el impugnador que con esta teoria hace dos clases de espíritus puros, unos perfectos y otros más ó menos imperfectos, y y no advierte que se contradice lastimosamente al sostener en otra parte que no ha habido más que una sola creacion de espíritus igualmente perfectos?

» Mas adelante nos dice que Dios no habria sido tan bueno para con aquellos espíritus dejando de crearlos, como lo fué creandolos, argumento que, si algo vale, lo mismo alcanza para los espíritus creados imperfectos e ignorantes.

» Los espíritus puros, al rebelarse contra su Creador, han demostrado poseer las cualidades siguientes: el orgullo, el egoismo, que es una exageracion del sentimiento de la personalidad, ambicion loca y desatentada, desconocimiento de sus propias fuerzas, ingratitud hacia su Creador y falta de amor y caridad para con sus semejantes los otros espíritus, á quienes han querido dominar y avasallar. El egoismo es origen de todos los vicios, el desconocimiento de sus propias fuerzas signo de inferioridad, la ingratitud un vicio de almas mal nacidas y envi-

» diosas, y la obstinacion, que siempre supone cortedad de entendimiento y aun imperfeccion de carácter, llevada á su colmo, como asegura el impugnador, agrava sus consecuencias y los hace aparecer muy distantes de la perfeccion.

» Tenemos, pues, espíritus perfectos y espíritus imperfectos, y por lo tanto echada por tierra la teoria del Sr. Haro al querer sostener que sólo ha habido una creacion de espíritus puros y perfectos. Las consideraciones en que entra el señor Haro, haciendo cargos á la Divinidad en el caso de haber creado espíritus imperfectos e ignorantes, las contestaremos repitiendo lo que ha dicho muy sensatamente un escritor que ha tratado este asunto: que el hombre, cuyas facultades son limitadas, no puede penetrar ni abrazar el conjunto de las miras del Creador: juzga las cosas bajo el punto de vista de su personalidad, de los intereses ficticios y de con version que se ha creado y que no están en el orden de la naturaleza, siendo esta la razon de que le parezca malo e injusto lo que encontraría justo y admirable si conociese la causa, el objeto y el resultado definitivo. Buscando la razon de ser y la utilidad de cada cosa, reconoceria que todo lleva el sello de la sabiduria infinita, y se inclinaria ante esta sabiduria aun respecto de las cosas que no comprende todavia.»

A mi juicio quedan rebatidos los cargos de mi ilustrado impugnador el Sr. HARO, no menos victoriósamente que en la siguiente contestacion del Sr. Cabello (D. Javier):

» Los hombres, espíritus encarnados en el cuerpo humano, habitantes del planeta Tierra, estamos intimamente ligados á la materia, hasta el punto de que todas nuestras facultades intelectuales se ejercen á través de ella, y por consiguiente nos vemos precisados á juzgar siempre por comparacion, siéndonos por consiguiente muy difícil, por no asegurar que imposible, formarnos una idea exacta del absoluto y del infinito.

» El infinito está fuera de nuestra comprension, es lo que no tiene límites de ninguna especie, la cantidad inmenzamente mayor que todo número imaginable, y por consiguiente, ante el infinito, cualquier número es cero; no podemos por consiguiente formarnos una idea exacta del infinito, porque no podemos medir una cantidad tomando la nada por termino de comparacion. Mas por lo mismo que el hombre entreve el infinito sin llegarlo á comprender, ha sido siempre el constante fin de sus estudios y afanes, esa aspiracion es la que le ha llevado á convencerle de que tiene en si algo que no es materia, algo que superior á la materia y á esta esencia que verdaderamente era su sér, le llamó espíritu; de aqui partió en sus investigaciones, que creo excusado repetir, las cuales concluyeron por probar la existencia de un Sér creador y de sus criaturas, el primero inmutable, eterno, infinito y único, las segundas infinitas en número e inmortales, ademas de la materia, infinita en extension y forma.

» Cómo ha sido la creacion, cuando se efectuó, qué leyes rigen á la materia y cuáles á los espíritus, cuál ha sido el objeto de la creacion, cosas son que ni sabemos ni podemos alcanzar, dada la limitada inteligencia que poseemos; pero

» para su investigación tenemos datos preciosos, » que si no bastan para determinar de una manera » concreta una contestación a dichas preguntas, » demostrando *a priori* su veracidad, nos servi- » rán para descartar todas aquellas hipótesis que » desde luego resulten falsas por no cumplir con » todas las condiciones inherentes a las circuns- » tancias del Creador y al escaso conocimiento que » tenemos de ella, según los datos que el estudio » de las ciencias nos ha proporcionado.

» Dios, el Sér creador es, no creo deba demostrar- » se de nuevo, infinito en todos sus atributos, » infinito poder, infinita inteligencia, infinito » amor, infinita justicia, infinita sabiduría, infi- » nito en extensión, eterno.

» La creación por consiguiente ha de ser infinita, » encaminada para el sumo bien de las criaturas » y regidas por una justicia infinita. La creación, » efectuada por Dios, no puede ser su coetánea, » pero es sin duda alguna su primera manifesta- » ción, fué toda obra de un solo instante ó sigue » efectuándose constante e indefinidamente; cues- » tión es esta de muy difícil resolución atendidas » las razones expuestas al principio, y cuya reso- » lución se halla envuelta en el conocimiento del » tiempo. El tiempo es uno de los términos de la » medida del movimiento, así como el movimiento » es la única *unidad* que podemos admitir para » medida del tiempo; así que sin movimiento, sin » sucesión de actos no hay tiempo para el hom- » bre, no hay tiempo alguno entre el momento » que desea y manda ejecutar un movimiento á » su brazo, y el que los músculos de éste obedie- » ciendo á su ejecución lo ejecuta. Para Dios, que » desde el momento que pensó la creación, la veía » nacer, perfeccionarse, y se veía rodeado de to- » das sus criaturas en el estado de perfecto amor » á que las destinaba; para Dios no puede haber » tiempo, ó mejor dicho la eternidad misma es un » momento; su pensamiento, que produjo la crea- » ción, puede ser de un instante para él, infinito » para nosotros.

» Cómo fué la creación, es decir, cuáles eran las » propiedades del espíritu y la materia en el mo- » mento que fueron creados.

» Divididos los pareceres en esta cuestión, pa- »rece aún más difícil el poder encontrar una fó- »rma que como la anterior satisfaga á nuestra » inteligencia. La materia vemos que cambia á » cada momento trasformándose continuamente, » la vemos en el reino mineral, trasformarse por » la descomposición; la vemos crecer, y sensible » á los efectos atmosféricos en el reino vegetal, bus- »car la luz por las alturas y extenderse por las » raíces para alcanzar el agua y las sustancias que » forman su alimento; en el animal la vemos do- »tada de superior instinto, de locomoción y » medios de comunicarse intelectualmente, hasta » llegar al hombre, del que conocemos su dualidad » apenas nos son conocidas las líneas de separación » de estos reinos, y no sabemos de una manera fija » si la sensibilidad que parecen mostrar los anima- » les y vegetales es tal sensibilidad ó un simple » movimiento mecánico, efectuado por agentes » materiales; es decir, ignoramos la existencia ó » ausencia de espíritus, en los seres terrenales que » no son hombres, y por lo tanto nos limitaremos » á la creación de los espíritus, considerándolos en » estado de encarnados en el hombre, ó en el de » libres en el espacio. Dos principales escuelas es- » pirituales son las que discuten esta cuestión: los » unos suponen que siendo Dios perfecto, ha

» debido crear el espíritu perfecto, y por consi- » guiente le dotan desde luego de sumo poder, de » suma inteligencia, de suma felicidad e infinito » amor, « con toda la felicidad e inteligencia que » el inmenso poder de Dios pudiera darle. » Nada » impide el igualar la criatura al Creador en estas » dos cualidades (felicidad y amor), « toda vez » que por ellas nunca puede menoscabarse su di- » vina supremacía. » Fero el hombre no tiene ni » ese poder, ni esa sabiduría, ni ese amor; luego » entonces, una de dos: ó no es verdadera esa hipó- » tesis, ó ha perdido dichas facultades. La escuela » antedicha opta por esta última deducción, y » para explicar la pérdida, abandona el terreno de » la razón y se traslada al de la revelación. La » creación, dice, se efectuó creando regiones es- » plendentes y pobladas de espíritus perfectos y » libres como tales; uno de ellos se ensorberieció » con su poder y su inteligencia y trató de hacerse » creador arrastrando en pos de sí á toda ó á la » mayoría de su legión, por lo cual Dios los con- » denó á encarnar y á las penasidades que la en- » carnación trae consigo. (Ignoramos el origen de » la historia, y por consiguiente la veracidad que » merece el historiador; mas con su permiso ase- » gurare que presenta algunos lunares que no » creo resistan el examen.) El espíritu rebelde » desde luego se puede sentar que no tenía á su » Creador el infinito amor de que el historiador » le reviste; si le hubiera tenido, de seguro no hu- » biera tenido la intención de faltarle. También le » faltaba sabiduría, pues no sabía hasta dónde lle- » gaba su poder; si lo hubiera sabido, no hubiera » intentado un trabajo que de antemano sabía que » no podía llevar á cabo; y por último, no tenía » esa felicidad infinita, igual á la de su Dios, por- » que de tenerla no hubiera podido ambicionar » más, y por lo tanto faltar; así es que si el espí- » ritu faltó, fué porque carecía de felicidad, de » amor, de poder y de inteligencia; y si no tenía » estas propiedades, ¿podía el Creador castigarle » por una falta que provenía de El mismo por no » haberse dado? Supongo que nadie podrá ale- » gar esa injusticia al Sumo Hacedor, y por consi- » guiente defender la anterior hipótesis mientras » no se descubra otro medio de explicarla. Dejo á » un lado la discusión de algunas particularidades » del sistema, pues flaqueando el cimiento no hay » necesidad de atacar los compartimientos; sin » embargo, no dejaremos de salvar dos grandes » errores de detalle.

» Los jefes de la insurrección, dicen, pasarán á » un sitio horroroso de donde apenas saldrá al- » guno hasta que todos los delincuentes hayan » llegado á un grado tal que no tengan que purgar » ni expiar cosa alguna; entonces todos juntos se » trasportarán al sitio que se les designe como » justos: los que primero lleguen á ese estado, es- » perarán la llegada de sus compañeros en su lugar » determinado; lo extraño de este aserto es, que » lo fundan en la libertad del espíritu y en que » cada uno es el único responsable de su conducta; » pero exceptúan un número, aunque corto » (78.000), que son responsables de las acciones » de los demás; á lo menos tienen marcado como » tiempo de pena el de adelanto de los demás, te- » niendo estos últimos el derecho de adelantar ó » atrasar á su antojo. La injusticia es tan palpable, » que no merece mayor refutación.

» El sol dicen ser un aparato por el que llega á » nosotros, aunque disminuida, la luz de Dios. No » comprendemos bien lo que eso quiere decir.

» Es que Dios es la luz, pero esa luz material que del sol llega á nosotros iluminando nuestros sentidos? Triste idea da por cierto de Dios, el que cree que de su persona dimana esa luz puramente material. Si Dios ocupa todo el espacio y de él dimana la luz, es claro que la luz estará repartida por el universo, pero se reconcentra en el sol como el focus de un lente; luego tienen que moverse rayos convergentes hacia el sol, y por consiguiente, si de dia recibimos la luz amontiguada por el sol, de noche la recibiremos directa y esplendente; es decir, que de noche recibimos más luz que de dia, y sin duda su fulgor nos deslumbra hasta el punto de necesitar el auxilio de una cerilla para poder caminar, esto nos sencillamente ridículo; además, ¿qué es el sol en nuestra comparación de Sirius y de esa infinitud de soles que descubrimos todos los días en el corto espacio á que alcanza nuestra vista y de los que debemos suponer pueblan el espacio atendidos los continuos descubrimientos que la óptica nos está dando?

» Creo excusado añadir una palabra más para convencer al más incrédulo de los errores del anterior supuesto; tratamos pues de demostrar si no la veracidad, á lo menos la probabilidad de la certeza de la creencia de la segunda escuela.

» Esta dice: el espíritu nacido para su bien, tenía todas las circunstancias para poder serlo; no era perfecto en sí, pero era perfectible por sí; no tenía esa sabiduría y poder que se suponía, pero era capaz de adquirirla y con ella el poder; era, en una palabra, el hijo de Dios, pero el hijo pequeño, que si bien puede adquirir la fuerza y saber del padre, nace sin ellas, y sólo el tiempo, ó mejor dicho en el tiempo, crece, se desarrolla y se asemeja en todo á su padre.

» Consideremos el nacimiento del espíritu como el del hombre; nace niño, estudia, aplica su inteligencia, aumenta de ese modo su saber y poder y se hace hombre, adelanta, concluye sus estudios en un planeta, y con él en todos los de su especie cual en un colegio, y pasa á estudios superiores, aumentando sucesivamente sus conocimientos, y con ellos su poder y su amor; de esa manera cuando llega á la presencia de Dios puro, lo hace por su mérito personal y su satisfacción; su goce es infinitamente mayor, porque su bien es merecido en justicia; no es un favor, es un premio; su amor es más profundo porque ha aprendido á amar y sabe lo que el amor vale, conoce la creación y con ella ha llegado á comprender al Creador. El espíritu, llegado de ese modo á la perfección, no puede retroceder un solo paso, como tampoco puede hacerlo en su carrera; podrá no adelantar, estacionarse y por consiguiente volver á encarnar en el mismo planeta ó planetas de iguales condiciones, dos ó mas veces, pero retroceder nunca; porque lo que una vez aprende el espíritu, no lo olvida nunca.

» Los impugnadores de esta teoría dicen, que en la tierra el hombre sufre y que este mal tiene que ser hijo de un castigo, porque si no tendríamos el bien. Antes de contestar es preciso definir el bien y el mal.

» El bien, el goce, la felicidad, es la satisfacción de ver cubiertas nuestras aspiraciones; así el bien es relativo á la personalidad, ó mejor dicho á la idiosincrasia de la persona; cuanto más ilustración, cuanto más poder, cuanto más amor tiene un ser, tanto más exigente se muestra

para alcanzar su bien. El bien se consigue con la práctica del estudio y las virtudes.

» El mal, antítesis del bien, es lo que el frío al calor; el mal, más que existencia, que personalidad, por decirlo así, es la carencia del bien en el grado que necesita.

» En todos los estados del espíritu se demuestra palpablemente esta verdad; concretándonos á la tierra, veremos que los pesares propios del espíritu no significan sino falta de amor; los que pasa por su unión á la materia demuestran falta de inteligencia, de saber, de ciencia, y unos y otros son los estímulos poderosísimos que continuamente nos pone delante de los ojos el mandado del Señor: *estudia, ama.*

» Nace el hombre incapaz de mantenerse por sí; debe la vida al cariño de sus padres, la necesidad de mantenerse; el hambre nos hace amar desde la cuna á las personas que cuidan de nuestra niñez; amamos después á nuestros compañeros de estudio y juegos; pasada la infancia, se despierta en nosotros otra pasión, y los impulsos de la materia nos obligan á amar á nuestros consortes, purificándose después este amor sin disimularse, al vernos reproducidos en nuestros hijos; las inclemencias del tiempo, el temor á las fieras salvajes hizo que los hombres se unieran en sociedad, y sembró los gérmenes del amor universal; verdad es que uniendo los hombres sin amarse, dieron origen al choque de sus pasiones y con él á los ódios y venganzas, produciendo las muertes violentas, las guerras y la esclavitud; pero las consecuencias de estas convulsiones nos indican lo errados que van los hombres por ese camino, y les muestran la necesidad de unirse y amarse.

» El hambre, el frío y las lluvias han sido las causas principales de las investigaciones primarias del hombre en la tierra; las necesidades que su cuerpo se ha creado en la vida de sociedad y la descomposición á que está sujeto este mismo cuerpo como toda la materia, las han aumentado y han dado pábulo á que, engrandecido por las conquistas que había hecho en el conocimiento de su planeta, levante los ojos al espacio, contemple la inmensidad del estrellado firmamento, y deseando penetrar en los misterios de la creación, eleve su espíritu al estudio de las ciencias exactas y de la filosofía, como lo había hecho ántes á las físicas, morales, sociales y de observación.

» Este es el verdadero cuadro del paso de los espíritus por la tierra; ¿dónde se encuentra el mal, no sólo el del espíritu, sino él de la materia? Cada falta de amor tiene su aviso; perdemos á una persona querida; su espíritu abandonó su cuerpo que empezaba á descomponerse; ya no volverán á verla, y aunque nuestra conciencia nos dice que él ha ganado porque no ha hecho más que merecer el bien, nosotros, que vemos disminuir el número de las personas que nos son queridas, ¿y por qué? porque no sabiendo querer al hermano nos queremos más á nosotros mismos, y aquella falta de amor nos impide á pensar en el porvenir, en la vida de ultratumba, al par que nos induce á buscar en la tierra nuevos y más anchos círculos de amor.

En nuestro próximo número continuaremos la contestación.

ALVERICO PERON.

LA PLURALIDAD
DE LAS EXISTENCIAS DEL ALMA
CONFORME
CON LA DOCTRINA DE LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS
Opiniones de los filósofos antiguos y modernos, sagrados y profanos, desde los orígenes de la filosofía hasta nuestros días.
POR ANDRÉS PEZZANI.

Yo no castigaré eternamente, y mis rigores no curarán siempre, porque los Espíritus han salido de mí y porque yo he creado las almas.

(Isaías, cap. LVII, v. 16.)

PREFACIO DE LA CUARTA EDICIÓN.

A todas las almas que hayan mostrado simpatías hacia mi libro, ya sea que me hayan escrito, ya que hayan preferido permanecer ignoradas, un millón de gracias. Preciosamente conservo las cartas que me han sido remitidas con este objeto: casi todos los que me escriben acusan á la filosofía y teología vulgares de haber trocado en imposible la fe en un Dios bueno, y aun algunos, de haberla oscurecido en la persistencia del espíritu después de la transformación, dándome gracias por haberles restituido sus primeras y fundamentales creencias, explicándoles y haciéndoles tocar con el dedo su verdad por mis propios razonamientos y por el asentimiento de los pensadores de todos los siglos.

En cuanto á los materialistas, á los ateos, á los escépticos de nuestros días, todos han repetido encogiéndose de hombros: «Hipótesis! ¡hipótesis!» Que permanezcan ciegos en sus opiniones hasta que Dios les ilumine.

Pero hay otros hombres que han preferido la misma palabra, y que, sin embargo, reconocen un Dios personal y la inmortalidad del alma. Han dicho también que mi obra era una continua hipótesis, una suposición puramente gratuita, y que partiendo de una hipótesis no se podía estar seguro de encontrar la verdad. Examinémoslo. Yo trato de resolver el problema del destino, ó en otros términos, de encontrar una ley del porvenir que, conforme con la idea de Dios y la idea del hombre, me explique el pasado y el presente. Ahora bien, ¿cómo nos está permitido llegar al descubrimiento de una ley? Para convencer mejor á nuestros adversarios ponemos ejemplo de las ciencias físicas, únicas que el exclusivismo de nuestro siglo mira como probatorias y exactas. ¿De qué manera se procede á la investigación y exposición de una ley? ¿se llega á ella por una deducción matemática, ó por el contrario nos vemos obligados á partir de una hipótesis cuya conformidad con los fenómenos que tiene la pretensión de explicar, hemos de demostrar después? Fuera de duda está que el segundo modo de operar es el único seguido. Frotad un tubo de vidrio; goza de

la propiedad de atraer los cuerpos ligeros; colocada en las mismas condiciones una barra de resina, tiene la misma virtud. Si se toca una bola de saúco con el vidrio así frotado y á seguida se le acerca al tubo de vidrio, inmediatamente es rechazada, y por el contrario, atraída por el pedazo de resina. El mismo fenómeno se manifiesta si la experiencia se hace primero con el pedazo de resina. Para encontrar la ley de estos fenómenos, tratábase de conciliarlos y explicarlos; y dijo Franklin: supongamos un fluido general que llamaremos eléctrico; admitamos dos especies de fluidos, vidrioso el uno, resinoso el otro, (positivo y negativo), y añadamos, en fin, que los fluidos de la misma naturaleza se rechazan, que los fluidos de naturaleza contraria se atraen; los hechos estarán explicados; hé ahí la ley.

Kepler y Newton dijeron: Supongamos que todos los cuerpos celestes se atraen en razón directa de su masa, y en razón inversa del cuadrado de sus distancias, que están sujetos á una ley de gravitación universal, y así se encuentra explicado el sistema del mundo. De la misma manera se han descubierto todas las leyes, por ejemplo, las de la teoría de la misión ó de las ondulaciones, para dar la razón de los fenómenos luminosos; y si el sistema de las ondulaciones prevalece hoy sobre el de la emisión, no es porque *à priori* se haya reconocido su superioridad, sino porque da cuenta más exacta de varios fenómenos.

Tal es, en efecto, la marcha del espíritu humano: va de lo conocido á lo desconocido, de la manifestación al sér, del efecto á la causa, del fenómeno á la ley.

Concédaseme, por lo tanto, el mismo derecho, la misma facultad de demostración que para las ciencias físicas. El mismo espíritu humano es el que se ocupa de las ciencias morales; el método no puede cambiar, porque el objeto de la ciencia difiere. Además, ¿no se oye decir por todas partes que las ciencias físicas son las más *positivas*? No admito semejante dudosa superioridad, pero me está permitido argumentarla.

¿Qué he hecho yo? ¿cómo he procedido? He observado y discutido los atributos y fenómenos de Dios y del alma; á saber:

Dios, *inmutabilidad*; alma, *progreso*.—Dios, *ciencia infinita*; alma, *libertad*.—Alma, punto de partida, *igualdad*; existencia actual, *desigualdad*; cuerpo humano, *protuberancias cerebrales*; alma, *libertad*.—Dios, *bondad absoluta*; alma, *mal moral*.—Alma, *orden efectivo*; esperanzas de volver á ver el objeto de las aficiones. —Alma, *sentimiento de la identidad*, *horror á la nada*.

Y he dicho: Supongamos que el alma por pruebas sucesivas y por una serie de existencias, esté llamada á merecer la dicha que marche de progreso en progreso, de depura-

cion en depuración, y que una vez llegado al término de su desarrollo conserve el recuerdo por medio del fluido que la une a todas las materias y que constituirá su identidad quasi material; ¿no he conciliado los fenómenos y atributos de los seres? ¿no he respondido á esa formidable cuestión formulada desde el principio: Por qué Dios ha criado el hombre?

En mi sistema, el alma progresá, la ciencia de Dios no destruye la libertad, la desigualdad intelectual y moral proviene de las existencias anteriores, las protuberancias cerebrales corresponden al grado de adelantamiento, hay recompensa ó castigo en el progreso ó en el atraso, más ó menos brillante segun los méritos, más ó menos dolorosa segun las faltas; Dios ha podido crear y sufrir el mal moral que el progreso hará desaparecer. En fin, admitiendo y probando la posibilidad del recuerdo, salvo el orden afectivo y la identidad, creo haber encontrado la ley del *destino* y la proclamo. Esta verdad, aunque no se aplique al mismo objeto, es del mismo orden que los descubrimientos de Kepler, de Newton y de Copérnico. Es posible que la ley de gravedad y rotación de los planetas, y que la de los fenómenos eléctricos, no sean la última palabra de la ciencia: lo mismo sucede con la ley que creo haber reconocido y formulado en consonancia con multitud de pensadores. Soy de mi siglo; en mi siglo vivo; todo lo que puedo decir es que á mi juicio explica mejor que cualquier otra hipótesis ya emitida, las relaciones de Dios y el hombre, los fenómenos del Sér y del yo.

Nuestra doctrina sobre *la pluralidad de las existencias del alma*, sigue legítimamente, á nuestro parecer, el camino abierto por los brillantes y profundos trabajos de Camilo Flammarion al establecer *la pluralidad de los mundos habitados*. Esta última hipótesis, para hablar con el lenguaje de muchos contradictores, está muy pronta á pasar al rango de verdad demostrada; esperamos á nuestra vez lo mismo respecto de la que hoy proclamamos.

La mayor parte de los que han tomado el trabajo de estudiar esta filosofía, se han unido para decirme: «Vuestro sistema es el más consolador, el más deseable, el más conforme con los intereses de la humanidad y el presentimiento de sus destinos. ¡Lástima grande que la base no sea más sólida y que únicamente repose sobre una hipótesis!» Pero ya he contestado á ese argumento; ya he hecho ver que los descubrimientos más incontestables tenian su punto de partida en una hipótesis, y que la hipótesis no ocupa el rango de verdad hasta tanto que explica mejor que ninguna otra los fenómenos del mundo físico ó del mundo moral de que tiene por objeto darse cuenta. No es mi in-

tención repetir lo que he desarrollado suficientemente; sólo quiero añadir una observación decisiva: convenir que mi sistema explica mejor que cualquier otro á Dios, al hombre y al universo, que es el más consolador y el más deseable, ¿no es proclamar implícitamente la grandeza y la verdad? No es por razones diferentes por lo que se mira como verdadera la teoría de Newton sobre la atracción universal; de Galileo, sobre los movimientos planetarios: partidos de una pura hipótesis, estos dos sabios no han hecho admitir como verdad sino después de haber probado que su hipótesis daba mejor que cualquier otra cuenta más exacta de todos los fenómenos. Lo que hicieron para sus sistemas, lo he hecho para el mío: mis lectores han estado casi unánimes en suministrarme esta declaración.

La misión del filósofo no es, finalmente, imponer sus ideas, sino someterlas al juicio y á la conciencia de cada uno de los lectores. La satisfacción de estos, el afán de recibir la verdad donde quiera que la encuentran y áun su entusiasmo, es lo que constituye, á decir verdad, el éxito de estas teorías. En la misma disposición de espíritu he venido yo mismo á hacer la historia de la doctrina sobre la pluralidad de existencias del alma.

Todo sér debe llegar á su fin en el sistema de la naturaleza; las grandes y nobles esperanzas que hacen latir nuestro corazón no pueden dejar de realizarse. Dios no sabría engañarnos; no nos hubiera inspirado deseos inmortales para hacernos entrar en la nada.

Haced, pues, ¡oh Dios mío! que mis trabajos no sean perdidos, que los pensamientos que me han salvado de la duda, iluminen también á mis hermanos. Espesas tinieblas oscurecen ahora la razón de los hombres: las tendencias de la materia les dominan y encadenan, la fe se muere, la esperanza se desvanece, la caridad se apaga. ¿No podemos levantar á nuestros amigos y hermanos, libertarlos y regenerarlos? Indudablemente queremos decírles: *Pensad en la tierra, haced engrandecer á la humanidad*; pero al mismo tiempo ¿no debemos enseñarles el cielo?

INTRODUCCIÓN.

Exposición de la cuestión.—Spinoza.—Hegel.—Channing.—Strauss.—Michelet, de Berlín.—Refutación.—Julio Simón.—Priebras.—Damiron.—Prueba ontológica.—Pelletan.—Otras pruebas.—Porfirio.

Muchos filósofos reconocen la inmortalidad del principio pensante, pero niegan que la identidad se conserve; que la conciencia, la memoria del pasado liguen el nuevo sér con el antiguo; tales son, por ejemplo, Spinoza y Pedro Leroux. Otros filósofos hacen una distinción entre la perpetuidad del alma que les parece fácil ser ontológicamente

demostrada, y la perpetuidad del pensamiento con conciencia que únicamente les parece una probabilidad sublime. De ningún interés para nuestro espíritu es saber si existe en nosotros un principio que resiste á la muerte. Si ya no es el mismo sér, si ningún recuerdo le encadena al pasado, si nuestra persona, en una palabra, no sobrevive á la muerte, ¿qué nos importa? El sér con conciencia, con memoria, es el que deseamos salvar; los demás nos sirven de poco, ó mejor, de nada. La cuestión ha sido siempre mal formulada, y por consecuencia peor resuelta. Preguntarse si el alma es inmortal, en verdad que es una pura tontería; porque, ¿cuándo habéis visto perecer nada de lo que existe? Nada muere en la tierra, ni aun el cuerpo, que se disuelve y va á formar nuevos compuestos: todo es mutación perpétua en la naturaleza; la destrucción no ha tomado asiento en este mundo, donde todo es una continua renovación, un cambio de todos los días. Ahora bien, que lo que llamamos la muerte del cuerpo no pueda aplicarse al alma, es lo que está fuera de toda duda por un análisis psicológica que nos revela su unidad y su simplicidad. Pero, repitámoslo; no es ese el problema, y lo que es más, no hay problema ninguno donde hasta ahora se ha querido verle; el problema no empieza sino cuando se pregunta si hay continuidad de sér, de pensamiento, de persona; esa es la cuestión y no otra.

Planteado esto, y nadie nos lo negará, ya podemos decir cuáles son las filosofías que han negado la inmortalidad de la persona. Son aquellas cuyos principios tendían á abolir la personalidad en el porvenir. En primer lugar, están los materialistas, puesto que según ellos, el hombre no está formado más que de un cuerpo, cuerpo que una vez disuelto vuelve á los elementos de que ha sido tomado; no hay persona: el hombre desaparece sin volver jamás. El mismo razonamiento es aplicable al panteísmo naturalista. En el panteísmo abstracto nada hay eterno ni absoluto más que la idea que se desarrolla y trasforma en una multitud de seres que desaparecen para dar lugar a otros. Es evidente que la inmortalidad de la persona no puede admitirse en este sistema si no es por inconsecuencia. En el panteísmo místico, donde el hombre no es nada, donde Dios es todo, claro está y evidente que el mayor término de dicha es la destrucción de la personalidad por la absorción en Dios. ¿Qué es la persona sin libertad? La libertad, y la libertad meritoria, es un atributo distintivo de la persona; no podría uno arrebatarla sin reducirla inmediatamente á la nada. A los ojos de la lógica, no hay distinción que hacer entre las opiniones de que acabamos de hablar; los errores son de la

misma especie, porque todos tienden á negar la personalidad humana después de la muerte.

Sería demasiado largo y asaz fastidioso enumerar todos los filósofos que han enseñado la inmortalidad del alma; hablaremos en general de ellos, dividiéndolos en tres clases especiales: 1.º los que han admitido el fin de la prueba después de la vida terrenal; 2.º los que han admitido una metempsicosis terrestre; 3.º los que se han pronunciado por una serie de vidas sucesivas. Vamos ahora, y en la Introducción, á ocuparnos especialmente de los filósofos que han mirado la vida futura como una quimera, que los que reconociendo la inmortalidad del alma, han negado, ó por lo menos dejado en duda la persistencia de la personalidad.

Spinoza dice — Proposición XXIII de la 3.º parte — que el alma humana no puede enteramente perecer, que queda algo de ella, algo de eterno, y hé aquí su demostración: Hay necesariamente en Dios una concepción, una idea que expresa la esencia del alma: ahora bien, lo que es concebido por Dios con una eterna necesidad es algo, y este algo, que se relaciona con la esencia del alma, es eterno. Creeríase por este pasaje, que Spinoza no salva la muerte del alma, sino en tanto que es una concepción divina; pero en su proposición XXXIII de la misma parte enseña formalmente que el alma tiene una parte mortal y otra parte eterna, con la condición expresa de que el cuerpo al cual pertenece esta alma sea adecuado para desempeñar un gran número de funciones, porque entonces el alma posee en un alto grado la conciencia de sí, de Dios y de las cosas. Quizá es la vez primera que Spinoza no es lógico, y la razón es fácil de comprender. Obligado en cierto modo á colocarse en la opinión del género humano, ha pagado su deuda á las creencias comunes y ha salido de su sistema; y habiendo perdido todo encadenamiento lógico, no podía menos de caer en contradicciones. Ello es que siempre se puede afirmar que Spinoza no ha entendido la inmortalidad del alma en el sentido que nosotros la damos. Él, que no admite individuos, ni personas, puesto que no reconoce la libertad, puesto que dice que todas las acciones son fatales; él, que ha exagerado el principio del cartesianismo acerca de la pasividad absoluta de las sustancias transformándolas en simples modos de la sustancia única; él, que anonadaba casi la personalidad en esta vida, no iba á confesarla en la futura. Semejantes negativas, sobre todo para un lógico como él, son radicalmente imposibles.

Hegel mismo jamás ha expresado abiertamente su pensamiento acerca del problema que agitamos. En la escuela hegeliana

surgió, á seguida de la muerte del maestro, una viva disputa sobre este objeto. Richter reveló el sentido esotérico de la filosofía hegeliana acerca de este punto con una audacia inesperada, y fué jefe de la izquierda de la escuela, combatió con amargos sarcasmos la fe en la inmortalidad, y proclamó con entusiasmo el nuevo evangelio de la muerte eterna y de la nada de que se había constituido apóstol. El centro hegeliano no ha emitido sobre la cuestión presente ninguna opinión precisa y cierta; pero Goschel, uno de los más afamados discípulos de Hegel y representante del lado derecho, teísta y ortodoxo, vanamente ha intentado probar que el verdadero sistema hegeliano no está opuesto á la inmortalidad individual. A duras penas ha tratado de establecer que la noción idéntica al sér está dotada en sí misma de una fuerza vital, invencible, que nos garantiza la persistencia eterna del individuo. Veisse ha emitido la idea de que entre los hombres, unos serán mortales, otros inmortales. Según él, los hombres vulgares, vacilantes, aquellos que flotan indecisos entre el bien y el mal, serán inevitablemente presa de la nada. No había esperanza en una vida inmortal sino para aquellos regenerados y empapados en la fe cristiana, siquiera volviesen á la impiedad después de su conversión momentánea. Fichte el jóven, profesa una opinión bastante parecida, sosteniendo que el que no ha obtenido la regeneración vivirá después de la muerte algún tiempo más que un sueño, como una sombra, pero que no podrá prometerse la eternidad. «Sobre qué está fundada esta teoría?» Veisse nos responde con gran seriedad, que allá en la antigüedad más lejana, los hijos de los dioses se unieron con las hijas de los hombres. La humanidad, tal como existe hoy, siendo resultado de esta alianza, claro está y manifiesto que debemos ser mortales en relación á los cuerpos, capaces de inmortalidad relativamente al espíritu.

Compréndese, por lo demás, que no queremos prestar los honores de una discusión á semejantes ideas. Lo que acaba de demostraros que Hegel no enseñó la inmortalidad, es el pasaje siguiente entresacado de las cartas dirigidas á uno de sus amigos más íntimos. Acababa de perder este amigo á su hijo; escribele para consolarle, é inútil es decir que en semejantes, solemnes ocasiones, se manifiestan los pensamientos más secretos. Hé aquí el fragmento:

«No le haré más que una pregunta, la que hice á mi mujer cuando perdimos á nuestro primer hijo, entonces único. La pregunté cuál de dos cosas prefería más: haber tenido un hijo como el nuestro en su edad más florida y resignarse entonces á su perdida, ó no haber tenido jamás esa dicha. Tu corazón, amigo mío, preferirá el primer

caso. Ese es en el que te encuentras. Todo pasó, pero aún te queda hoy el sentimiento de tus goces de otro tiempo, el recuerdo de tu hijo bien amado, de sus alegrías, de su sonrisa, de su amor para tí y su madre, de su bondad hacia todos. No seas ingrato con esa felicidad y ese contento de que has gozado. Guarda memoria siempre viva y presente en tu corazón, y tu hijo, así como la alegría que sentiste cuando le poseías, quedarán siempre contigo.»

¿Qué avendría á sostenerse que Hegel ha concebido la inmortalidad en un sentido verdadero y cuando se trata de consolar á su amigo, cuando debe buscar todas las razones para atenuar una aflicción tan cruel, Hegel no dice nada en esa fría, glacial carta de la esperanza en una vida futura? En ese caso diría algo que no sería á nuestros ojos una prueba de sus firmes convicciones respecto á este punto, porque debía, para calmar el pesar de un amigo, poner en planta hasta razones y motivos de los que hubiera dudado; pero siendo así que no habla de ellos, ¿no estamos plenamente autorizados para deducir que su doctrina excluye formalmente la inmortalidad? ¿Qué un recuerdo es todo lo que queda de los seres queridos que hemos perdido! ¿No hay nada en nuestra conciencia que se subleve contra tan desconsoladora afirmación? ¿No hay dentro de nosotros una voz que nos grita: no, eso no es verdad? Inundados de placer oponemos á Hegel una carta de Channing, escrita á un amigo en las mismas circunstancias, si bien únicamente habla de la pérdida de su propio hijo un hombre tan distinguido: «Sufro, le dice, pero jamás he olvidado que mi hijo pertenecía á un padre mejor que yo, y que estaba destinado á un mundo más feliz. Sé que está en manos de Dios tanto en muerte como en vida: no puedo creer que el progreso de un alma inmortal esté limitado á esta tierra. No, la muerte no rompe los lazos que unen al padre y al hijo. Cuando pienso en ese niño querido, en su belleza, en su dulzura, en la ternura que despertaba en nosotros, en el alma de que Dios le había dotado y que empezaba á abrirse, no puedo dudar de que Dios no le tenga consigo y en su guarda.» (1)

¡Cuánta oposición entre Channing y Hegel! No tenemos necesidad de expresar á cuál de ambos preferimos.

Strauss es quizás uno de los discípulos de Hegel que más abiertamente ha combatido el dogma de la inmortalidad; de aquí que hayamos escogido á este pensador para analizar sus argumentos y refutarlos, argumentos que entresacaremos de su *Dogmática*.

Strauss dirige ante todo á la filosofía ante-

(1) Channing, su vida y sus obras, Pág. 91.

rior el reproche de buscar en el exterior, en una vida futura completamente imaginaria, el infinito que se encuentra en el espíritu humano. Empieza por demostrar que es ridículo sostener que si todo acabara con la muerte valdría más vivir como el bruto en la tierra. Procura hacer comprender el valor intrínseco de una vida racional; ataca después los discursos enfadosos y sentimentales de los que no hablan sino de la felicidad que se gozará en el otro mundo cuando de nuevo encuentren á sus hijos, su esposa, sus parientes y sus amigos.

Después de haber bosquejado en algunos rasgos la historia de la idea de inmortalidad en la historia moderna, Strauss pasa á la historia detallada, y sobre todo á la crítica de las pruebas que ordinariamente se presentan en favor de la inmortalidad. Vamos á seguirle en este examen:

«La prueba sacada de la remuneración, aquella á la cual Volt ha dado la mayor importancia, puede formularse así:

«Puesto que muchas veces el hombre de bien no es feliz en este mundo, y puesto que el malvado queda muchas veces libre del castigo, preciso es que haya otro mundo en el cual reciban, el uno la recompensa, el otro el castigo que merecen.

«Suponiendo que este argumento tenga algún valor, todo lo más que puede probar es que habrá una prolongación más ó menos grande de la vida humana después de la muerte; porque una vez convenientemente recompensadas ó castigadas las almas, nada impediría que se abismasen en la nada. Pero si se mira de más cerca, este argumento no tiene fondo alguno, siendo, por el contrario, de una nulidad completa. En efecto, ¿no llevan en sí mismos la virtud su recompensa, y el vicio su castigo? ¿No sería digno del hombre colocar la piedad, la grandeza del alma por cima de todo, aun en el caso de que estuviera convencido de que su alma no es inmortal? ¿No es precisamente lo que constituye la virtud el inducirnos á obrar, no diremos ya sin mirar á ningún bien, lo cual es imposible, si que sin mirar á otra recompensa que la que necesariamente proporciona el ejercicio mismo de la virtud? Sólo los ignorantes y malvados creen que la verdadera libertad consiste en poder abandonarse á sus pasiones, mirando la vida racional y moral como una esclavitud penosa, considerando la obediencia á las leyes divinas como un yugo pesado cuya retribución futura debe compensar los dolores. A los ojos del sabio, no hay ninguno de entre los hombres nobles y verdaderamente grandes que no sea ya en la tierra más feliz y digno de envidia que el más poderoso de entre los malvados.»

En un solo punto estamos de acuerdo con Strauss. El alma tiene su lado divino, que

tiende á la perfección, y no hay perfección para ella hasta tanto que hay cumplimiento del deber, simplemente porque es deber. Sustituir á estas tendencias que en realidad constituyen la grandeza del hombre, el atractivo de las recompensas futuras, es caer en la doctrina del interés bien entendido: la virtud no sería entonces más que un cálculo hábil y meditado.

Sin embargo, nosotros creemos que si en teoría é intelectualmente hablando es preciso mantener este principio del deber por el deber, semejante austeridad es punto menos que imposible en la práctica. Si en rigor, la argumentación de Strauss vale algo respecto de este punto, no tiene influencia ninguna sobre el verdadero motivo de la prueba moral de nuestra inmortalidad. Dédese, en efecto, este motivo de la justicia del legislador supremo, que no ha debido dejar sin ninguna sanción la ley que ha promulgado. Ahora bien, por todo lo que precede hemos visto que Strauss no dice una palabra respecto á ese punto, y no ha debido decirlo, puesto que no admite Dios personal en el sentido trascendental de esta proposición. La crítica de Strauss, muy lógica en su doctrina, no tiene valor alguno contra la nuestra, y la prueba moral subsiste para nosotros en toda su fuerza y vigor.

Abandonamos á Strauss la prueba metafísica cuya razón daremos á seguida. Formularé así este argumento:

«El alma es inmaterial y simple; luego no puede descomponerse en partes, luego es inmortal.» Verdad es que no creemos con Strauss que la falsedad ordinaria entre el alma y el cuerpo esté demostrada. Tampoco pensamos ni creemos que las individualidades humanas no sean más que formas pasajeras de una sola y misma sustancia; lo absoluto, lo que nos impide conceder un gran valor á esta prueba, es que establece la persistencia en nosotros del principio pensante, pero no la de la conciencia é identidad personal. De que el alma es indisoluble pudecese deducir perfectamente su supervivencia al cuerpo mortal; pero ¿quién nos responde de que conserve el recuerdo de sus modificaciones terrestres, y que el hombre en la vida futura sea el mismo ser, y guarde, en una palabra, su individualidad? Ahora bien; esto es lo que es necesario á la sanción de la ley moral. En efecto, no está recompensado ó castigado aquel que, en un punto cualquiera, aun retrasado por las necesidades de la prueba en la serie de sus transmigraciones, no sabe por qué está castigado ó recompensado. Algo, sin embargo, retene mos de este argumento que reputamos verdadero, porque á nuestros ojos prueba la posibilidad de la inmortalidad personal.

Para dar una idea del verdadero pensamiento de Strauss acerca de la cuestión,

vamos á citar un pasaje de su *Dogmática*, notable al ménos por la decisión y franqueza, cualidades bastante raras en un discípulo de Hegel.

«No hay, dice, y ya lo ha probado la especulación moderna, no hay más que una sola y única sustancia: lo absoluto. Los individuos no son sino las formas perecederas y mudables. Nacen, mueren, y siempre vienen otros nuevos individuos á reemplazar á los que ya no existen. Este movimiento es el que constituye la vida de lo absoluto. Las fuerzas, los talentos del individuo son limitados y finitos: estos límites son los que precisamente constituyen la individualidad. Las facultades de la especie, de la raza, ó mejor todavía, las del universo, son las únicas imperecederas. Cuando después de haber pasado el apogeo de la vida, nos inclinamos hacia la vejez y sus enfermedades, el alma declina con el cuerpo, de quien ella no es más que la vida, el centro, ó la idea. (*Entelequia de Aristóteles*.) Los individuos cuya vida está gastada, son reemplazados por nuevas formas de la vida absoluta, que, si no son más perfectas, son por lo ménos más vivas y más frescas. La verdadera inmortalidad no consiste, pues, en un progreso eterno hacia un fin que no puede ser obtenido. En vano buscariamos el infinito fuera de nosotros, porque es preciso sorprenderle y palparle en nosotros mismos. Es preciso cambiar la línea recta de un desarrollo sin límites y sin resultados, en una circunferencia perfecta en sí misma. La inmortalidad no debe colocarse en el porvenir; es una cualidad presente del espíritu, es el poder que tiene de elevarse por cima de todo lo finito y alcanzar la idea. Exprésase, por lo tanto, mal, aunque por otra parte estén en el buen camino, aquellos que parecen hacer consistir la inmortalidad en la gloria y en las buenas obras que nos sobreviven, en la reproducción de nosotros mismos por la familia, en el movimiento eterno de lo absoluto, de donde brotan siempre individualidades nuevas. La eternidad, que consiste en la gloria y en la continuación de una influencia saludable, no es más que una sombra de ese goce del infinito que procura á un hombre eminentemente durante su vida, esa incesante actividad encaminada hacia el bien supremo y la verdad eterna. Así también la duración de la raza no es sino una sombra del goce que hubiera proporcionado al hombre durante su vida, el amor de la familia. En fin, la metamorfosis continua del universo no es idéntica de la inmortalidad sino en tanto que se la reconoce, de manera que la inmortalidad se encuentra siempre trasportada del porvenir en el presente, del exterior en nosotros mismos. Transformarse uno en infinito dentro de todo lo que es limitado; ser eterno en cada momen-

to; tal es la verdadera inmortalidad. La absoluta afirmación del bien, tal es la beatitud eterna.»

Entiéndase bien esto, y se verá que no es sino una vaga inmortalidad, ni aún ese nombre merece, lo que á todos nos espera en el porvenir; entiéndase bien, y se verá que en el presente es donde debe realizarse.

M. Michelet, de Berlín, emite una opinión casi idéntica sobre la cuestión que nos ocupa. En efecto, en su crítica de la excelente obra de M. Bartseolmess sobre las doctrinas religiosas (*Revista filosófica y religiosa*, 1.º de Marzo de 1866), dice lo que sigue:

«Al esforzarse el individuo en trabajar afanosamente en la realización de la inteligencia eterna, es él mismo tanto más eterno cuanto que se identifica con esa sustancia absoluta del universo y vive en el todo. Nosotros vivimos en las buenas acciones que hemos hecho y que han contribuido al progreso de la humanidad yá hacerla mejor. Vivimos en las verdades que altamente hemos proclamado sin temor á los hombres; que hemos conquistado para las razas futuras, cuya misión es traducirlas en actos. Las ideas de Aristóteles y las obras de Rafael viven todavía y se resucitan continuamente en las de aquellos individuos que las imitan y que su ejemplo ha formado. La verdadera inmortalidad es la grande emigración de las almas, la vida eterna del espíritu absoluto.»

Para refutar tan desesperante doctrina, partamos de la conciencia humana, y en esto seremos fieles á nuestro método. Resumamos los argumentos con los que su autor moderno ha combatido útil y ventajosamente, á nuestro parecer, esta parte de la dogmática de Strauss (1). Lo que constituye la naturaleza humana ¿no es la tendencia hacia lo absoluto, hacia lo infinito? ¿No encuentra cada uno en sus aficiones, en sus deseos, en sus esfuerzos más íntimos, la demostración de esta verdad? ¿Y cuál es su resultado inmediato, incontestable, con relación á la idea de la inmortalidad? ¿Cómo un ser finito por su naturaleza, puede alcanzar su fin, el infinito? Semejante identificación es contraria á nuestra naturaleza de seres finitos. Nuestros deseos no pueden llenarse, por lo tanto, sino en un progreso sin término, que incesantemente nos aproxima al fin, al cual aspiramos. Un ser finito que aspira al infinito no puede tener sino una vida eterna.

A pesar de las dudas que el misterioso hecho de la muerte engendra todos los días, algo hay en nosotros que nos promete la continuación de esta vida en el porvenir más lejano, representándonosla cada vez más bella y resplandeciente. Creemos que

(1) Ensayo sobre las opiniones de Strauss, en la *Revista europea*, por Carlos Buoh.

nuestra actividad para lo bello, lo verdadero y lo bueno, es tan perpétua como vastos y profundos son nuestros deseos. Precisamente por la imposibilidad de realizar jamás y por completo el infinito en un momento dado, y del que, sin embargo, tenemos un deseo natural, no queda otro camino, si hemos de responder á este deseo, hijo legítimo de la naturaleza humana, que aproximarnos eternamente al infinito y realizarle así en el conjunto de una carrera sin límites. Julio Simon, en su magnífico libro *Del Deber*, escribe bellísimas páginas, que citaremos abreviándolas, y que responden de una manera victoriosa á los sofismas del filósofo alemán.

« ¿Quién se atreverá á decir que lo absoluto, que la perfección no sea, ó que el mundo mismo sea la perfección exacta? Nosotros que la conocemos, debemos hacernos suyos. Cuando los gusanos se apoderan de nuestro cuerpo, lánzase el alma hacia ese Dios que ha entrevisto, que ha soñado, cuya existencia ha demostrado, por quien ha pensado, por quien ha amado, hacia ese Dios que de sí mismo llena nuestra vida, y que no nos ha dado el pensamiento y el amor para que volvamos esos tesoros á la podredumbre y á la nada. ¡Oh, Pascal! El universo no puede aplastarme. Que triture mi cuerpo, pero mi alma se le escapa.

» Preciso es sonar la bondad de Dios, si quiera sea un momento; preciso perderse en ella. ¿Es posible que Dios sea y que sean la desgracia y la injusticia? ¿Si yo debo acabar con mi cuerpo, ¿por qué Dios me ha hecho libre? ¿Por qué se ha revelado en mi razon? ¿Por qué me ha dado un corazon que ningún amor humano puede saciar? ¿Acaso me han dado para desesperación mia este poder, este pensamiento, este corazon? ¡Ay! ¿qué es, pues, la vida? Una serie de amargas decepciones, de amores puros, á los que se hace traicion; de locos entusiasmos, para los que al dia siguiente tenemos una carcajada; de luchas que nos destrozan, desesperaciones que nos torturan el corazon, separaciones que nos hieren en nuestros sentimientos más ricos, más queridos y más sagrados. ¡Esa es la vida si debemos perecer, y esa la Providencia!

» ¡Perecer! ¡y qué! ¿Nunca habeis visto en este mundo que la justicia esté hollada? ¿Nunca que ha triunfado el crimen? ¿No hay criminales que han muerto en medio de sus victorias, en la embriaguez de sus voluptuosidades impías? ¿No bebió Sócrates la cicuta? ¿La historia es acaso imparcial? ¿Oirá la posteridad, sombra que el justo invoca, su último grito? ¿Quién sostendrá el pensamiento de que un inocente pueda morir en el oprobio y en los más crueles suplicios, y que esa pobre alma no sea recibida en el seno de Dios?

» ¡Oh, última palabra de la ciencia humana! ¡Oh, santa creencia! ¡Oh, dulce esperanza! ¿Podriamos soportarla sin vosotras? Cadena indisoluble, une juntas la libertad, la ley moral, la inmortalidad del alma y la Providencia de Dios. Ni uno sólo de esos dogmas puede perecer sin arrastrar consigo la ruina de todos los demás. Todos les abrazamos en nuestra fe.

(Continuará.)

Traducción de
DIODORO TEJADA Y ALONSO.

EVOCACIONES PARTICULARES.

SESIONES SECRETAS DE ESTUDIO.

LA FÉ LA RAZÓN Y LA REVELACIÓN.

Medium M. P. y B.

¿Puede el espíritu protector decírnos algo acerca de la Fé, la Razón y la Revelación.

—Sí os dire alguna cosa acerca de estos tres puntos importantes.

Fé es un sentimiento divino y sobrehumano que el alma elevándose por cima mundo sensible percibe las verdades eternas y les dá su asentimiento después de percibidas y de que su razon no le dá aplicación de ellas.

Fé es el aire que el alma respira para poder vivir; fé es el recuerdo de un estado mejor, unido á la esperanza de su recobro. Fé es la abnegación completa y absoluta del alma por la que encontrándose pensamiento divino, el alma bebe en el cerebro de Dios la sávia de su vida.

¿Qué es razon?

Razon es la facultad comparativa del hombre con que percibe las ideas del mundo exterior sensible y sobre sensible, y las compara después de percibidas para creerlas después de comparadas las que convengan entre sí y rechazarlas si no convienen.

¿Qué es revelacion?

Revelación es la manifestación del mundo divino al humano por medio de la inspiración propia ó de otros.

¿Para qué sirve la revelación?

La revelación corresponde á la falta de la razon que no puede conocer de lo que no puede comparar, y que su fé le dice que es posible.

Cuando el alma percibe alguna verdad y su razon no le dá la explicación debe darse cuenta de

si es posible, y si su razon le dice que sí, su fe creerla; porque no debemos creerlo todo. Aunque nos digan que en Dios todo es posible, hay cosas que no puede hacer Dios.

El absurdo y el mal.

De otro modo: la negacion, ó la negacion en la afirmacion.

De Dios no podemos creer el absurdo, y es absurdo creer al bien absoluto produciendo mal, y el sér haciendo lo que no puede ser hecho, es negacion de Dios el no sér.

El sér absoluto dá vida á todo con su pensamiento; pero no dá vida á la nada, porque si la nada tuviera razon de ser, seria y no seria ó dejaría de ser nada.

La fe y la revelacion son necesarias al hombre; si ha de progresar é ir á Dios sin conocerle, Dios ha de venir al hombre para que le conozca.

La revelacion es necesaria como fuente de toda ciencia.

Hay principios primeros que el hombre ve sin darse cuenta de ellos.

Cada alma necesita una cantidad de fe equivalente á su cantidad de razon.

La revelacion está para equilibrarlas.

Sin fe y relevacion no es posible la ciencia, como sin razon no es posible la vida de un sér pensante.

Porque el conocimiento no es la facultad de pensar, sino la de razonar, y así que muere ó deja de ser pensante, vuelve á ser bruto, á tener instinto.

Además la fe es necesaria como conocimiento de Dios, y la revelacion como manera de este conocimiento.

Siempre Dios nos viene por revelacion y se conoce por fe.

Pensar conocer á Dios por la razon es querer el absurdo, es querer comparar lo incomparable. Cuando más con la razon conoceremos á un Dios á la humana, pero á Dios no: un Dios cuando más á medida del Universo; pero no más allá.

Dios es simple, y por consiguiente no puede ser conocido por un sér compuesto como es el hombre. Un sér que no ocupa lugar á fuerza de llenarlo todo es incomprendible á una razon que no funciona sin tiempo, espacio y medida.

Dios es lo que está más allá del espacio, y como la razon no va más allá, Dios queda ignorado como ciencia en el hombre.

El hombre, cuando más, busca la idea absoluta y la llama Dios; pero Dios es más que una idea absoluta, es su por qué.

Dios es el absoluto, el sér.

Dios es porque era antes de ser todo, porque no ha nacido, porque es siempre y siempre del mismo modo, porque es tal que siempre tiene que ser así.

¿Razon yo esto?

No: lo creo.

Y creo que hay algo más bello que todo lo bello posible, algo más bueno que el bien posible, algo más real que todo lo real, la realidad de todo esto.

¿La razon me dice eso?

No.

Soy yo quien lo siento á pesar de mi razon, que me grita: ¡Absurdo!!!

No creo porque es absurdo, sino que creo hasta el absurdo; porque ese absurdo mayor posible es Dios.

Lo incomparable, lo contraprobable, lo eterno, lo sabio, el germen, la vida, el amor, todo lo absoluto, la negacion de toda regla, y sin embargo la sujecion á todas las reglas.

Eso es Dios.

Todo lo que no tiene forma, todo lo que no tiene materia ni es posible que la tenga, la materia de de mi pensamiento.

Eso es Dios.

Un pensamiento plástico es más material: un sér tan sobre todo que sea sin embargo la razon de todo.

Una cosa que tenga realidad humana sin ocupar sitio, tiempo ni relacion; una cosa perfecta que goce de una dicha eterna é inalterable.

Eso es Dios.

Una cosa que sea como un pensamiento, como un recuerdo, no un espíritu, que eso es poco para Dios. Un pensamiento ó recuerdo de ese espíritu.

Eso es Dios.

Ahora bien, mi razon niega eso, mi razon lo rechaza, mi razon grita ¡absurdo! mi razon dice no es posible que lo material produzca materia, es imposible que lo absoluto produzca la relacion, es imposible que en lo eterno quepa lo mudable; y sin embargo, ¡yo lo creo!!!

Lo creo; si: y lo creo de tal modo, que si no lo creyera, pondria en duda la sublime ley que su divino dedo ha impreso en mí: dudaria de mí, pero de Él no.

Dios es todo poderoso, es infinitamente sabio y pródigo, y al crear Dios ha puesto en el corazon del hombre un retrato suyo para que aprenda á conocerle en toda la vida, compuesta de todas las vidas del espíritu.

La criatura no hace más que estudiar á Dios.

Si es artista estudia su belleza: porque ¿qué mayor belleza que la armonía eterna de la humanidad con la divinidad?

Si estudia la ciencia no hace más que buscar la realidad de las cosas; y ¿qué mayor realidad que el sér siendo eternamente?

Si busca ó practica el bien, no hace sino buscar á Dios; porque ¿qué mayor bien que el sér haciendo eternamente, es decir, haciendo el bien, porque el qué hace eternamente hace el bien?

Así, si nuestra vida no es sino ir en busca de Dios, no le busquemos con la razon, que el Dios que nos dé será inferior á nosotros mismos, sino por la fe, que nunca encontrará atributos bastantes para adornar el altar del que además de darle la vida le dá esa misma fe.

SOLUCION DE CONTINUIDAD.

III.

MEDIUM M. P. Y B.

¿Qué era Dios cuando era en el infinito, cuando era solo?

Un espíritu purísimo que tenía un sér perfecto.

Un sér que era infinitamente, el sér que era y pensaba, amaba y quería. El no podía amar á su sér, porque la perfección no puede ser egoista.

Amaba, y permitasenos una frase atrevida, maldecía su eternidad y divinidad, que impedía que otros fuesen con él para amarle.

Dios, pues, amaba á los seres que habían de sér; pero esos seres no eran porque no era tiempo de que fuese tiempo.

El tiempo fué por fin, porque Dios quiso que fuera el sér, y el sér fué.

Pero ese sér, uno en esencia, era infinito en modos. Los espíritus, pues, son los modos de Dios; los espíritus son obras perfectas de la perfección, en que se reparte el sér de Dios: seres reales, pero que aún no lo eran los unos para los otros.

Necesitaban ser de todos modos para elegir el modo eterno.

Dios no podía dar al sér; tenía que presentarle.

El sér voluntario por excelencia, no podía imponer su voluntad; y al decir poder, claro es que decimos querer perfección.

Tenía que dar á escoger en todo, absolutamente en todo; si el sér no lo viese todo, podría decir á Dios: algo me has impuesto de tu voluntad, pues me han limitado los modos; pero esos modos distintos que le presentó, no podían empezar por arriba, no; era preciso ver las ventajas de lo más, y compararlas con las contras de lo menos: para saber que aquello era bueno, era preciso saber que era bien; y un sér que siempre tiene bien, ¿cómo ha de valuarlo? Con qué compararíamos lo que deseamos? Primero con lo que deseamos; luego con lo que nos falta.

Dios, sér purísimo, justísimo y sapientísimo, tenía que dar primero el sufrimiento, para dar luego el goce como progreso.

Tenía que sujetarse á su justicia, y esa era su ilimitación; porque un sér tenga que limitarse á su sér perfecto, no es imperfecto ni limitado.

Limita la ilimitación absoluta, no la ilimitación por el mal. Dios llega hasta el mal, y si entrase en él, sería limitado su bien por el mal que hiciese.

El sér espiritual creado por Dios eterno es inmaterial, hasta ahora acto, por decirlo así, no podía elegir. ¿Cómo el infinito habría de comparar lo finito, cómo un sér infinito habría de comprender la limitación?

Un sér que no sabía dónde estaba, ¿cómo habría de comprender el espacio? Un sér que era como contar el tiempo la sabiduría de Dios, previó y limitó ese sér en espacio, dejando su acto infinito, le limitó dándole un elemento de la materia su creación. ¡Qué Dios tan grande que ni aún limitar sabe sin añadir!

Ese espacio, ese tiempo, en que el espíritu tenía dominio absoluto, era, por decirlo así, su humanidad presentida por Dios; era el modo del goce, como ya tenía en sí el modo del sér.

Ese sér sentía; pero sentía sólo lo suyo y lo de Dios. Lo demás lo ignoraba. Ese elemento fué la luz que hirió los ojos de su sér; por ese elemento sintió la materia, como por su sér aspiraba el espíritu.

Tenemos el sér completo, le tenemos infinito y limitado á la vez; pero es ocioso, no está empleado en nada, va á elegir.

Los mundos de Dios se forman, y el sér empieza á elegir. ¿Por dónde? Por donde se empieza siempre; de menos á más. Es; pero no siente sino muy imperfectamente, se incarna en la materia bruta sin saberlo.

Pasa el tiempo, progresá, sabe sentir, sin saber que siente; se incarna en la naturaleza que

siente, para ser movido sabiéndolo, aunque limitadamente.

Otro paso: se incarna en el animal para moverse, sabiendo que se mueve; pero sin saber por qué se mueve, goza de la sorpresa del que se ve obrando sin saberlo.

Entonces se pregunta al sér: ¿puedo yo ser así siempre? No, se responde: quiero querer por saber qué puedo querer; quiero ser hombre que debe saberlo... Y lo es.

Es hombre; ya progresá, ya en razon, en sentimiento, en todo; pero, ¿es lo que ha de ser aún?

No: está muy lejos de Dios, su patria está don de su padre, y él va á buscarla allí: aquí quiere; pero por mucho que quiera no puede atravesar el espacio, y entonces...

¿Qué habrá allí?

Y entonces sale del mundo de la incarnacion, pasa al mundo del sér, al mundo de la idea pura de Dios; allí tiene aún más que progresar, allí el sér sigue gastando su sér, sigue adelantando: ¿está aún allí su patria?

No: más allá.

Y el sér, errante siempre buscando su sér, está siempre lejos de sí; ¿por qué?

Porque el dia que el sér infinito se encuentre completo, será que no puede progresar.

¡Locura! Dios está más allá de todos, más allá, y allá va el sér.

El sér tendrá siempre ante sí la prueba de que hay más, y más buscará: querrá ver á Dios, sólo verle; ¿pero se le puede ver sin ser él?

Por eso el sér progresará infinitamente; y como había progresado infinitamente, había animado todo lo que vive, dando vida á todo lo animable; pero supongamos que no es así, que la materia bruta no es más que eso, que el vegetal no siente, que el animal no es; entonces tendremos infinitos mundos con progreso infinito; pero, ¿dónde están los enlaces de todos esos infinitos?

No están en ninguna parte, y están á cada paso en la naturaleza. Tendremos muchos infinitos sucesivos que son en realidad un único infinito, pues cada uno es una parte de lo que falta al otro; y si no es así, cada uno llegará á Dios con sus imperfecciones; ó de no ser así, habrán llegado á ser de cualquiera de las otras escalas. ¿A qué hacer escalas yuxtapuestas, formando una, y decir que no se puede subir desde abajo, y por los escalones desde todas? De modo que la escala resulta una sola, que los sérés que suben la tienen dividida en pedazos y sólo llegan á los últimos.

Entonces, sólo los que llegan son útiles, los demás sólo sirven de estorbo y de peso; pero, ¿son los hombres los que llegan?

No: son los ángeles. Pues entonces, ó los hombres son inútiles como los otros, ó los hombres han sido animales, y así sucesivamente.

¿A qué ese prurito de probar la imposibilidad de aspirar á llegar á Dios, única aspiración de todos los sérés? ¿A qué pasar la vida en destruir la única esperanza cierta? ¿Cómo paso yo de hombre á ángel, y el animal no me pasa á mí? ¿Cómo siendo Dios un sér que crea sérés, que hacen el trabajo, sí, ángeles que no lo hacen y recogen el premio, ¿á qué hacer los sérés sucesivos en naturaleza, y discontinuos en sér? ¿A qué es eso?

¿Para probar que la vida es eterna por medio de la muerte continua?

No, y mil veces no: la escala es una, la escala es ancha, sólo que desde el medio no se puede empezar á subir: ¿á qué hacer los escalones de abajo, si se ha de trepar á los de arriba por medio de esa garrucha que llaman vida?

Dios da á anima á todo lo animado. Si nada material se mueve por sí, lo que se mueve es porque tiene algo que no es materia; y si la vida fuese algo, ó sería materia ó sería espíritu.

Si lo segundo, es lo que yo digo: si lo primero, no dejaría de ser materia, y como tal inerte ó no materia.

ESPÍRITU DE SANTO TOMÁS.

IV.

¿Qué creó Dios? ¿Para qué creó Dios? ¿Por qué creó Dios? ¿Cómo creó Dios?

1.º ¿Para qué creó Dios?

¿Fué para satisfacer un capricho? ¿Fué para probar? ¿Fué sólo para emplear una potencia perfecta en una perfección constante, como un objeto sin objeto?

No: y borremos del diccionario la palabra gloria de Dios.

¿La vanidad es el más feo de los vicios, por ser la peor de las costumbres en Dios?

¿En el sér humilde por excelencia?

¿En el sér justo, en el sér que ama?

El que tal dijo, bien se ve que no fué padre. Continúo.

Dios creó para amar, creó porque amaba; la creación es la creación de amor de Dios.

¿Cómo creó? Amando. Pensando cómo amaría

yo ¿a quién amaría yo? ¿Dónde colocaría yo mi amor? Y el amor de Dios pensaba allí donde él pensaba, y de ese beso nació la creación de los espíritus.

Esos seres eran los amores de Dios.

Los seres fueron las diversas maneras, infinitas maneras de amar de Dios.

Por eso amaron.

Pero ellos amaban y les sucedía lo que a Dios. ¿Dónde colocar su amor, si no veía a quién amar?

Dios les dió a todos colores para que se viesen y se amaran; pero, ¿dónde amarse?

Entonces, de un golpe les hizo a todos dar una parte de su peri-espíritu y se fueron uniendo, y en esas uniones salían mundos donde se formaban seres vivos.

Porque ese peri-espíritu era el color, era elemento material hecho por Dios para ellos, como ellos eran creados por Dios, para su uso de amores.

Ese peri-espíritu era un lazo entre el sér y todo lo demás, era el áncora que se fijaba en cualquier parte.

Allí donde el peri-espíritu encontraba el sér, era; pero no había de ser a la ventura, era progresivamente, amando a Dios. Dios les llamaba y se escondía en seguida, como una madre que para hacer andar a su hijo usa de ese inocente ardor.

Esos chispazos de Dios eran las luces que daban fuerza al espíritu para seguir en su camino.

Un paso más allá, y me encuentras, decía Dios, y el espíritu se olvidaba de su cansancio. Así Dios llamando al espíritu continuamente, éste recorría toda la materia, toda, absolutamente toda; pero no se manchaba con ella, como el agua no mancha el aceite.

Cada instante podía ver más a Dios, o más de Dios. Y entonces deseaba más, deseaba ver a Dios, y el deseo satisfecho era un nuevo deseo, a la manera de un niño a quien esconden un juguete y dice: «Quiero ver un poquito, ahora más»: hasta que todo lo ve por fin; no puede el sér que progresá, dejar de progresar.

¿Qué podemos hacer a la mitad de una escalera o de una cuesta?

Bajar o subir, y si permanecemos o morimos, y hay que bajar, o subimos para buscar alimento.

Y un sér que cada vez que piensa, adquiere la experiencia del pensamiento, que cada vez piensa mejor, ¿qué ha de hacer sino subir? y si nos

vemos en una grada, bajamos a la última para ver dónde empieza: no queremos subir a un sitio sin saber de dónde subimos y qué objeto nos lleva a subir.

Si hay pensamiento progresivo, bajamos al pensamiento más imperfecto, a aquel que es al pensamiento fatal, pues que no puede ser voluntario.

Al sér que piensa, porque sin pensar no puede ser; pero que sus pensamientos son reflejo de los objetos, no los pensamientos que buscan objetos nuevos al pensamiento del momento, a la máquina fotográfica que fija lo que le ponen delante, no al artista que forma un cuadro con objetos que nadie ha visto.

Si hay un artista que pinta lo que no ve, es porque su pensamiento va a buscarlo en otra parte: pues bien, busquemos al pensamiento que toma lo que le dan, porque aún no sabe andar para buscar lo que no le dan.

Si el hombre piensa, siente y es: busquemos, y sin duda encontraremos en el mismo hombre, sin que sean y sientan; pero que apenas piensan otros que no sienten a fuerza de sentir sensaciones más fuertes, en todo veremos cadena; nada es que no sea y haya sido más y menos. Si el pensamiento es sucesivo, su manifestación lo ha sido también: si tenemos más, habremos tenido menos y menos y menos hasta que no se haya visto. Entonces, como del hombre vemos seres que sienten y piensan, pues que obran, ¿por qué no hemos de haber sido eso?

Porque eso, si progresan, no han de ser lo que nosotros: ¿dónde se detendrá su progreso?

Si tienen razón imperfecta, progresará; y si progresá, llegará a ser lo que la mía.

Y ¿qué sé yo si un animal de Júpiter, no será más sabio que yo?

¿No tengo yo aquí monos que sirven a la mesa? ¿Por qué un mono de Júpiter no ha de tener la palabra del papagayo y decirme si quiero la sopa?

¡Pobres seres que sienten sin gozar más que imperfectamente!

Dios pudo hacer un sér que sienta para llenar la armonía: ¿y qué armonía es esa tan decantada y tan poco explicada? ¿Qué falta le hace que un sér que nace, pueda vivir para morir? Luego sólo para ocupar un lugar que pudo ocuparlo muy bien un poco de materia bruta?

¿Para qué hacer sentir al que no ha de sentir sino males? Porque las caricias y los halagos dicen que no los sienten sino por instinto; pero, ¿y un golpe?

¿Con que no saben lo que es un halago, y saben lo que es un golpe?

¿Con qué compararse, sin conocer, pues, que sin término de la comparación, entonces la escala está al revés; el animal es más perfecto que yo?

Un ser que al sufrir devuelve un golpe, siente que el golpe hará sufrir del mismo modo al que pega, y luego, bien que no comparan, bien hacen, pues no despedazan a los que les dan sufrimiento y no matan de una vez, para dar una lección a Dios, que por una parte da el goce, y por otra el sufrimiento.

Para decirlo así, deshace el hombre bueno lo que crea el Dios imperfecto.

Pero no es así. No hay especie alguna de ruptura en la cadena. ¿Cómo su pensamiento puede ser múltiple, cómo Dios puede pensar dos veces de modo distinto?

¿Cómo puede hacer un sufrimiento premiado y otro no premiado jamás?

¿Cómo?

Siendo Dios menor que cualquiera de los que han descubierto una falta en la creación, que él no previó.

ESPÍRITU DE SPINOSA.

SOCIEDADES ESPIRITISTAS.

CENTRO ESPIRITISTA SEVILLANO.

SESIÓN EN 11 DE JULIO DE 1866.

Medium S...

Evocado Lamennais, se presentó otro espíritu y dijo:

—Lamennais no asiste porque está en misión; vengo en su nombre.

Preguntando quién era, dictó:

—Cuando moraba en ese planeta hace más de cinco mil años, me llamaba en lenguaje desconocido para vosotros Lee: moré en el Asia; mi vida fué de ciento noventa y cuatro años y dejé numerosa descendencia. Si deseáis escucharme, reconcentraos, porque mi voz, atravesando la materia, llega a vosotros desde las lejanas regiones en que residí.

Habiéndose manifestado que se le oiría con el mayor recogimiento, continuó.

I.

Era, es y será, constituye la eternidad, constituye el tiempo.

¡La eternidad! ... esa duración sin límite, esa duración inapreciable, incomprensible, infinita! ...

Todo parece que lo abarca el tiempo y, sin embargo, fuera del tiempo y anterior al tiempo existía Dios; existía ese poder, de que son groseros remedios todos los poderes que agitan la materia! ...

Dios existía, Dios era ... ¿qué es Dios?

Si por nada entendéis lo que no existe, la nada no existe.

Pero si por nada entendéis lo inmaterial, lo eterno, lo incomprensible, la nada existe y es inmaterial, ese eterno, ese incomprensible forman los atributos de esa nada y esa nada se llama Dios.

Pero si Dios existía antes de la materia, ¿dónde se encerraba ésta? ¿es la materia una dilatación de Dios?

Si la materia es una dilatación de Dios, la materia como parte de Dios, es también Dios.

Si la materia es una creación de Dios y Dios es infinito, la materia ocupando parte de ese infinito, la materia, átomo vagando en los espacios, es también Dios y está por decirlo así inerizada en Dios, puesto que admitiendo que Dios es infinito, si la materia no es Dios, Dios deja de ser infinito, pues lo limita la materia que ocupa sitio en lo infinito.

¿Qué es lo infinito? ¿no es esa extensión sin límites, ese más allá sin término, en que se asfixia el pensamiento?

¿Qué es Dios? ¿qué ser es ese, que difiere de todos los seres, que en nada se asemeja a lo conocido, que en el sitio no ocupa sitio? ¿qué ser es ese imperecedero? ¿es Dios el movimiento perpetuo en que asiste la materia? ¿hay algo entre Dios y la materia? ¿están aquél y ésta completamente separados, ó se mantienen unidos por lazos incomprensibles? ¿ese lazo que establece la unión, si tal unión existe, es Dios, es materia, ó participación de aquél y ésta? ¿serán las almas el lazo que une a Dios y a la materia?

II.

Libre mi espíritu de la materia en que se ha visto envuelta durante muchos siglos y en muchos separados unos de otros por incalculables distancias, empiezo a conocer que la densidad de

la materia no existe; qué esa solidificación de los mundos, no es más que un estado aparente para los espíritus que yacen encarnados, y que la luz, la sombra, los sonidos... son los alimentos de esos órganos groseros por los cuales vislumbra el espíritu algo de lo grande y misterioso que está más allá del espíritu...

A medida que el espíritu se perfeccione evolucionando en la materia, sus encarnaciones, esto es, la materia en que se envuelve, va siendo menos pesada hasta que desaparece por completo; ve entonces lo que existe dentro de la materia; ve lo que á los espíritus encarnados les está vedado; ve lo invisible, porque ve, la *inteligencia que se subdivide en almas en la materia*.

— El espíritu al penetrar por vez primera en la materia, es como el embrion en el vientre materno.

El espíritu á través de sus sucesivas encarnaciones, es como el feto que llegada la hora del nacimiento, rompe la estrecha prisión que le servía de albergue, porque ya le es insuficiente para el desarrollo.

El espíritu que alcanza cierto estado de perfección, es como pasado en el sér encarnado la adolescencia, empieza á lucir los primeros resplandores de la razon.

Un espíritu encarna por vez primera en un mundo: la densidad de la materia no le permite distinguir más objetos que los que están á su limitado alcance y en los cuales satisface sus groseras necesidades; si mira más allá de si mismo, ese más allá no le agita ni commueve; le es un más allá sin atractivos ni encantos: desconociendo lo pasado, vive exclusivamente del presente; el porvenir le está vedado, porque aprisionado en densas capas de materia, no irradia fuera de ella... pero ved que lo que llamais muerte desata los lazos que unian ese espíritu con esa materia; libre entonces y siguiendo la ley inalienable del progreso, despues de girar en torno del mundo que le sirvió de morada, ve que la materia en que estaba envuelto, no es ya la materia aproposito para su espíritu; que una vez en la creacion debe recorrer sucesivamente los grados de materia de que se compone, y que otro mundo le ofrece al cabo de mayor ó menor número de siglos nuevo albergue, nuevas encarnaciones. Ya el espíritu arrastra la materia como una carga ménos enojosa; ya si bien vive para lo presente, fija alguna vez su pensamiento en lo pasado; en el cual se detiene extraviado; concede principio á su espíritu ó alma, y lo concede desde

el momento en que aparecen los primeros destellos de la razon. Ve la muerte con horror, porque cree que la muerte es el no sér y que con la muerte todo acaba, todo perece, todo se extingue... la descomposicion de la materia le espanta; la fetidez que de ella emana le horroriza... surge entonces un deseo, el conservarse para prolongar la vida; anhela una duracion, pero una duracion limitada, eterna, y ante lo incalculable de este deseo siente desfallecer sus fuerzas, y buscando un más allá que las satisfaga, pasa su atónita mirada por los astros al parecer inmóviles y silenciosos, que semejan pequeñas luces como las que brillan en la oscuridad de la noche desprendidas de diminutos insectos, ó como los fuegos fátuos que se levantan de descuidados cementerios en que los cadáveres yacen medio sepultados

Este espíritu encarna por una graduación sucesiva en mundos cuya materia es más grosera que la del planeta que habitais, para pasar á otros cuya materia es menos densa, y en ésta graduación misteriosa é invisible de lo imperfecto á lo perfecto, en esta escala que empieza en Dios y acaba en Dios, el piélagos insondateable de la materia, cada una de las estancias del espíritu en un mundo, es una letra que aprende del gran alfabeto de Dios, alfabeto expresado en esos gigantescos caractéres de los mundos, comprensibles para los espíritus que los recorren. El espíritu libre próximo á salvar la materia por su estado quasi perfecto, combina esas letras, esos caractéres y los comprende, porque hay una voz que se desprende de cada uno de ellos, un sonido que aislado es incomprendible, pero que unido á los que surgen de los demás mundos constituyen la armonia universal, esa armonía que dice á los espíritus ya purificados... *Salid de la materia.*

III.

El universo, como cada mundo, tiene mansiones en las cuales anhelan morar los espíritus.

A trillones de leguas del sol, centro de vuestro sistema planetario, existe un astro que apesar de la enormidad de su tamaño no es perceptible á vosotros, ni aun con el auxilio de los telescopios; es, pues, un sér desconocido que se agita en la creacion, como el insecto en la espesura de un

bosque, ó el pequeño pájaro en las seculares ramas de un árbol gigantesco.

La luz no llega á aquel astro, porque los astros luminosos distan de él tanto, que la intensidad de su luz se debilita y extingue al atravesar la inmensa cantidad de materia que se interpone entre aquel y éstos.

No existe allí la luz, no existe allí el sonido, ni existe allí la densidad de la materia. Ese astro es para los espíritus que allí moran, como el agua para el insecto que corre por su superficie sin sumegirse ni quebrantarla. La materia de ese astro no es como la materia de vuestro planeta compuesta de elementos distintos; allí la materia es homogénea, ligera, transparente, de color indefinible porque participa de todos los colores, ó mejor dicho, todos los colores forman allí ese color que en vano me esforzaré en haceros comprender.

Ese astro está compuesto, de la materia más sutil que se desprende incesantemente de cada mundo; efluvios misteriosos que tienen ese lugar señalado en la creación para reunirse: ese astro es uno de los posteriores mundos en que encarnan los espíritus, y ese astro fué mi morada en mi anterior encarnación.

Evocado el espíritu de Lee se manifestó y dijo:
Héme aquí: Soy Lee: escuchad.

IV.

Era el momento en que el espíritu se siente impelido á la encarnación por una fuerza desconocida.

Mi espíritu había recorrido la materia, y deteniéndose en sus principales condensaciones llamadas por vosotros mundos. Mi espíritu libre durante muchos siglos, empezaba á sentir ese impulso, que le conduce inevitablemente á envolverse en la materia.

Impelido por ese poder, sentí que algo gravitaba en mi espíritu, que algo me oprimía, que algo me acongojaba, que algo debilitaba la fuerza intensísima de mis percepciones: ya no salvaba instantáneamente las distancias; ya le tenía horror al vacío, esto es, á lo que carece de apoyo material para los espíritus encarnados; experimentaba una turbación inexplicable; no sabía si acababa mi vida ó empezaba; creí que me duplicaba, pero en esta doble vida reconocía un solo *yo*, por lo que inferí que una seguía siendo mi existencia, aunque unida intimamente á una sustancia de la que en vano procuraba sustraerme.

Empezaba mi encarnación, y mi encarnación

tenía lugar en el astro de que os he hablado en mi anterior comunicación.

V.

La lucha que se establece entre el espíritu que encarna y la materia que sirve de envoltura, produce la cesación aparente de la vida; ese sueño de que no hay recuerdo al salir de él, porque esa unión misteriosa, ese lazo supremo, esa combinación íntima quitando la radiación externa al espíritu, hace que esa radiación sea interna, esto es, concretada ó circunscrita á la materia que envuelve al espíritu, y esa materia animada por ese medio, adquiere la forma del *sér* que se ha de desarrollar en lo sucesivo. El espíritu durante ese tiempo carece de la voluntad que le es propia, su actividad participa entonces de la actividad de Dios, de esa actividad creadora, pues que el espíritu al encarnar si no crea la materia, la amolda, la metamorfosea, la presta la forma adecuada á su estado comunicándose directamente con Dios, con esa Suprema Inteligencia que le guía hasta dejarlo encarnado, disipándose en el instante de volver á la vida el recuerdo del trabajo que ha ejercido.

La vida encarnada, la conciencia del *yo*, comienza desde el momento en que el espíritu irradia fuera de la materia; desde el momento en que el espíritu despierto de ese sueño indefinible, de ese tránsito de la vida libre á la vida encarnada.

Sesión de 14 de Julio de 1866.

Evocado el espíritu de Lee, se comunicó y dijo: soy Lee: aquí me tenéis: evocad al espíritu de Lamennais, que os hará con su acostumbrada eloquencia la descripción del astro que me sirvió de morada.

Evocado Lamennais, dictó:

Hace tiempo que no me presento á vosotros; no por eso os he olvidado; otros espíritus me han reemplazado ventajosamente; hoy al saludaros me presto gustoso á la invitación del espíritu de Lee: escuchad pues:

(1) «Estallaron los mundos á impulso de la fermentación de la materia.

(1) Las inteligencias libres se sirven de comillas para significar que lo que comunican no son elaboraciones propias de su *sér*, sino inspiraciones reflejadas de otros espíritus más elevados. En este caso debe considerarse al espíritu que se comunica con el encarnado, como un medio en las regiones libres: advertencia hecha por los espíritus que nos favorecen.

» A la oscuridad sucedió la luz; al silencio el sonido.

» No la luz debilitada al atravesar piélagos numerosos de materia, sino la luz purísima de actividad inconcebible; la luz amiga que anuncia la vida en la creación; esa vida que se llama inteligencia, emanación de Dios.

» No el sonido que se mezcla y confunde con otros sonidos, sino el sonido imponente y majestuoso de mundos que al girar en los espacios dilatan sus enormes cabelleras de luz, y acusan en sus rápidos movimientos, que existía un motor supremo, una causa desconocida, cuyo poder se hace visible en sus manifestaciones.

» El universo salía del caos.

» La materia envuelta en el tiempo, era una masa que modelaba la inteligencia, y cada parte de esa masa modelada por la inteligencia, era un sér.

» Empezaba la unión de la inteligencia y la materia.

» La inteligencia libre encarnaba.

» Y trascurrieron muchos siglos.

» La materia condensándose incesantemente ostentaba millones de mundos.

» Y de la superficie de muchos mundos se desprendía un vapor ligero, una emanación misteriosa; un esfuvio desconocido, que al través de la atmósfera se disipaba en las regiones etéreas.

» Y allí, muy lejos, á distancia que apenas podéis calcular, en aquellas regiones empezaba la formación de un mundo.

» Y ese mundo compuesto de la sutilísima materia cósmica seminal desprendida de otros mundos, era ya un enorme embrión, cuya vida empezaba á hacer visible el movimiento.

» El espacio, esa madre pródiga derramaba la vida en un nuevo sér, cuya superficie había de servir de albergue á los más extraños sérés.

» ¡Salve, astro misterioso que en las más apartadas regiones del universo yace oculto! La vista de los espíritus encarnados, no se ha fijado en ti todavía: tu existencia es una existencia ignorada, y sin embargo, existe! Tú no ocupas las regiones de la luz ni las de la lobreguez; para ti no existen sonidos: tú moras en el justo sosiego de la creación, en ese punto intermedio entre la vida y la muerte, entre el sér y el no sér; en esa transacción que existe de la vida encarnada definitiva, á la vida libre definitiva fuera de la materia: tú eres un compuesto de materia, pero materia quasi imperceptible; tú te agitas en los espacios, pero tu movimiento no es el movimiento ordinario de los

mundos: tú te apartas de la materia, tú te alejas de la materia; tú avanzas como queriendo precipitarte fuera de la materia, como si el poder omnipotente de la Gran Causa te llamase á ti y te atrajese con la fuerza irresistible de su voluntad: tu materia es diáfana, y al través de ella se distinguen los fluidos misteriosos que por ti circulan: tu vida parece constituida por la ausencia de otros mundos: tú difieres de los demás mundos, porque los sérés que moran en tu superficie, difieren de los sérés que moran en la superficie de otros mundos. ¡Salve, astro ignorado que trazas en los espacios la ruta que conduce á lo inmaterial é infinito!»

II.

CENTRO ESPIRITISTA DE SEVILLA.

I.

¡Hermanos míos! El alma yace en la materia como en una prisión dura y enoja.

Aun después de la muerte, la libertad que recobra el espíritu es limitada, por hallarse circunscrita á la materia.

Pero entre la vida encarnada y la vida libre, existe una manera de ser enteramente distinta.

La muerte es la hora final de uno de los estados del alma.

Antes de esa hora, esto es, mientras el alma está encarnada, se halla sujeta al padecimiento inherente, á la unión forzosa de su parte activa é insustancial, á una parte inerte y grosera que arrastra penosamente como carga superior á sus fuerzas.

Aun llevando bien la mortaja de la carne, sufre el alma las penalidades, el desvanecimiento de esperanzas próximas á realizarse, y todo el cúmulo de males en que la viciosa organización de la sociedad envuelve á sus individuos.

Así veis que aun en medio de los más monstruosos placeres, en medio de riquezas escandalosas, al través del refinamiento más perfecto en todo aquello que al parecer hace más deliciosa y grata la existencia, los que llegan á alcanzar ese estado son ciertamente más infelices que aquellos que admirán y desean la posesión de tantos bienes aglomerados.

II.

Conoceis, pues, dos existencias.

La existencia encarnada y la existencia libre que se adquiere por la muerte.

La existencia encarnada es aquella en que el alma por vez primera ó siguiendo el orden trazado por Dios en las encarnaciones, toma una parte de materia, se envuelve en ella y adquiere la individualidad en cualquiera de los mundos que se agitan en los espacios.

Sea cual fuere la organización especial de esos mundos, y sea cual fuere el estado de adelanto en que se halla el alma, claro es que ésta, durante su encarnación, carece de libertad y se encuentra circunscrita á la materia en que yace, ó cuando más, arrastrada penosamente por la superficie del mundo que tiene por morada.

La mayor ó menor libertad del alma durante su encarnación, consiste en la mayor ó menor fuerza con que pueda irradiar fuera de su materia.

Prueba la existencia de esta irradiación el éxtasis, el sonambulismo y otros estados, durante los cuales el alma, desprendiéndose casi por completo de los lazos miserios que la sujetan, emigra á otras regiones que descubre, y ve claramente y torna pesarosa á su prisión al cabo de más ó menos tiempo invertido en estas misteriosas excursiones, conservando un débil recuerdo de las escenas variadas de que ha sido espectadora.

Pues áun aparte de esos estados, puede el alma con la fuerza expansiva de que está dotada y abstraerándose de toda idea terrenal, irradiar á largas distancias y ver y comprender cuanto exista dentro de esos límites, pudiendo en ciertos casos ser tan vivas y extraordinarias las sensaciones que experimente al hallarse fuera del orden material en que existía, que un esfuerzo supremo del alma, por prolongar los inefables goces de su expansión, puede desprenderla por completo, verificándose entonces la muerte.

Tal es la mayor libertad de que puede gozar el alma durante su encarnación; libertad, como se ha visto, incompleta, puesto que no reside en todas las almas encarnadas, sino en aquellas que en muy reducido guarismo han adquirido cierto grado de perfección que les permite penosamente entreabrir las puertas de su encierro y enterarse de lo que más allá de él existe.

Hemos visto la libertad de que puede gozar el alma durante su encarnación. Indiquemos ahora, siquiera sea sumariamente, la que puede gozar en su estado libre.

Hay dos estados de libertad en el alma libre.

El estado de libertad primitivo anterior á la encarnación, y el estado de libertad posterior á la encarnación.

El estado de libertad primitivo es aquel en que el alma, unida al conjunto de las almas que se hallan en igual estado, concurre colectivamente á la aglomeración de la materia cósmica, á la formación de los mundos, al movimiento de éstos y á los variados y sorprendentes fenómenos de luz y de electricidad, de vida y muerte que á cada momento presenta la materia. En ese estado primitivo, son las almas las obreras incansables y misteriosas que siguiendo el impulso que les comunicara la gran causa, aglomeran, reúnen, concretan y dan forma á la materia que, convertida después en mundos, han de ser los futuros alojamientos en que las almas han de adquirir sus individualidades.

El estado de libertad en las almas encarnadas, es la que adquieren por su desunión de la materia, sólo por la muerte.

Conocida os es por las relaciones que ya os han hecho los espíritus, la turbación que sigue á ese estado; en efecto, en las primeras horas de la muerte el alma no se da razón de esa separación en que se encuentra; pero en breve se disipan esas leves sombras que aún envuelven al alma, y si ántes yacia circunscrita á una pequeña porción de materia que la sujetaba y la detenia á cada instante, ya la materia no estorba su tránsito por las regiones materiales. La materia es entonces para el alma lo que para vosotros la espesa columna de humo que atravesais sin fuerzas en todas direcciones.

Se ve, pues, que el alma encarnada está limitada á una pequeña porción de materia que tiene por morada, y que el alma libre recorre toda la materia, esto es, todos los mundos, todas las regiones, todos los espacios, todo lo que es materia.

III.

Resta un tercer estado de libertad al alma, que es el estado perfecto y definitivo, el cual existe fuera de la materia.

Las almas, terminadas sus largas y penosas peregrinaciones por los mundos y avanzando siempre á la perfección, llegan á conseguirla, y hé aquí el momento en que deja de existir para ellas la materia y penetran para siempre eternamente en las mansiones inmateriales, en esas mansio-

nes sin luz, sin sombra, sin sonidos.... en esas mansiones en que sólo Dios impera, y en las que hallarán las almas lo que con tanto afán creen encontrar en la materia, «La felicidad,» bienestar inefable de que sólo existe en la materia un débil reflejo que ni aún á las almas encarnadas les es dado alcanzar.

¡Hermanos míos! Si la perfección os ha de proporcionar ese estado, ¡perfeccionaos!... Dios es un faro cuya intensa luz traspasa toda la materia... seguid esa luz, que esa luz os guiará hasta Dios.

I.

Hay un sentimiento superior á todos los sentimientos.

Hay un sentimiento que forma una de las más preciosas cualidades del alma.

Hay un sentimiento que está unido al alma y que de ella no se separa.

Hay un sentimiento á cuyo resplandor se desvanecen todos los demás sentimientos.

Hay un sentimiento que hace participe al alma de Dios, pues que Dios todo es sentimiento, y este sentimiento increado es la caridad, y la caridad es la parte que el alma tiene de Dios. Hé aquí por qué el hombre es imagen y semejanza de Dios.

II.

Al través de estados dolorosos para el alma, progresando y perfeccionándose sucesivamente, alentada por la esperanza que le infunde la caridad de Dios.

La vida se disipa; pero no se extingue.

Atraida por la luz increada se sumerge en ese foco inagotable de caridad, y deja únicamente el despojo de la materia, la cápsula en que se alojaba transitoriamente.

En la luz increada se impregna el alma de la caridad, y prosigue con nuevo brio su peregrinación larga y dolorosa, pero transitoria y perecedera.

¡Hermanos míos! ¿que sería vuestra alma sin la caridad?

III.

La caridad no es solamente el amor al prójimo. Es además la manifestación del poder del alma,

que dilatándose indefinidamente á vista del infortunio, representa al Dios que todo lo prodiga, que todo lo dispensa y que todo lo perdona, que todo lo llama á sí para identificarlo y hacerlo perfecto.

¿Qué seríais sin la caridad?

Sin la caridad no seríais alma, seríais materia.

Esta materia asquerosa en que yaceis presintiendo la existencia en que se existe sin materia.

Sin la caridad no existiría el progreso, porque el progreso es la unión, es el amor, y el amor tiene por base la caridad.

La caridad es Dios, y tanto más perfecta será el alma, cuanto más desarrollada esté en ella ese precioso sentimiento, el más puro de todos los sentimientos.

¿Qué existe sin la caridad?

El embrutecimiento, el egoísmo, la inacción, todo el cúmulo de males que envuelve el materialismo.

La caridad es al alma lo que Dios es al alma.

Sin Dios no existiría el alma.

Sin la caridad no sería el alma alma, sino lo desconocido, y por consiguiente lo que no puede definirse.

IV.

Dios es la caridad infinita de que están impregnadas las almas.

¿Por qué no existe en vosotros en igual grado de sentimiento?

¿Por qué paseáis indiferente vuestra mirada por la desgracia y el infortunio, sin enjugar las lágrimas que arranca el dolor y la miseria?

¿Por qué no disipáis con el resplandor de la caridad la lobreguez de la desgracia?

V.

Envueltos en el tenebroso manto de la materia, y cegados por su lobreguez inmunda, aletargados por los que llaman placeres, queréis perpetuar vuestra existencia bajo la presión de la materia que no deja germinar en vosotros la caridad, cuya preciosa semilla aún yace virgen en vuestras almas.

El egoísmo se ha apoderado de vosotros, y vivís para vosotros mismos, llamando á vosotros lo que no es de vosotros, sino de esa multitud que cubierta de harapos y con los rostros lívidos y desencajados os señala como á sus verdugos, porque desatendéis sus clamores, les negáis el pedazo de pan que acallaría sus necesidades, porque los

asesinais lentamente y asesinais á la vez sus almas que carecen del alimento de la ilustracion, de esa ilustracion que no podeis darles, porque yace embotada en vosotros.

VI.

Dios es la caridad.

Vosotros representais á Dios, porque en vosotros puso Dios la semilla de la caridad.

La caridad eleva incesantemente el alma á Dios y la purifica y perfecciona.

El ejercicio de la caridad es el ejercicio de Dios que crea y distribuye pródigo todos los beneficios.

La caridad es como Dios: ilimitada.

Porque una vez abierto en el alma el manantial de la caridad, distribuye incansable sus benéficas aguas allí donde la aridez de la desgracia lo tiene todo marchito.

Y no temais que ese manantial se disminuya, no temais que perezca ese manantial; una vez abierto en vosotros, aumentará su caudal á cada instante, y aparecerá cada vez mayor á vuestros atónitos ojos; ese manantial al partir de vosotros para fecundar con la esperanza los pobres corazones, se pondrá en comunicacion con Dios, y Dios por vosotros será el que derramará su impecederá vida. La caridad.

SOCIEDAD ESPIRITISTA ESPAÑOLA.

LA MUERTE DE SÓCRATES.

El sol de la GRECIA se mostraba esplendente y bello: GRECIA había escrito un nombre, ó mejor, muchos nombres en su inmaculada historia.

LEÓNIDAS, SOLON, DRACON, TEMÍSTOCLES,
ARÍSTIDES.

Brillaba otro sol más esplendente que el de GRECIA PERÍCLES, simbolo de la GRECIA.

ATENAS, la hija predilecta del cielo; ATENAS, la patria de PERÍCLES, estaba entregada á disputas sofísticas; unos cuantos miserables se disputaban, disfrazados de sabios, el poder y las riquezas.

Nació un hombre sencillo, modesto, veraz, veraz ante todo, que llamaba al saber saber, y al sofisma error, que detestaba á los sofistas, como mercaderes de la sagrada verdad.

Este hombre, despues de pasar su vida en medio del trabajo y del estudio, había reunido á su alrededor multitud de jóvenes, á los que enseñaba el estoicismo mezclado con la esperanza: no un sacrificio estéril y orgulloso, sino una abdicacion de lo supérfluo en gracia de lo necesario.

Ese hombre fué citado ante el tribunal del AREÓPAGO, porque decian que negaba á Dios: ¡Él! que decia: *No conocemos á Dios, busquemos á Dios, que á Él hemos de llegar!*

Compareció aquel hombre ante aquellos jueces, y defendió la causa con el ardor del que defiende á su Dios y á su fér.

Al acabar, dijo aquel dicho célebre, en contestacion á la pregunta que los jueces le dirigieron:

«Tú que siempre dices la verdad, SÓCRATES, ¿qué crees que mereces por tu defensa?

Comer en el Pritaneo, contestó. (1)

Aquellos hombres mataron su gloria de una plumada. SÓCRATES fué el primer griego condenado á muerte por el AREÓPAGO.

Llegaba la hora señalada: el sol iluminaba con sus pálidos rayos una estrecha estancia de una casa de ATENAS: unos cuantos jóvenes contemplaban con estupor á un anciano sentado ante una ventana. Ese anciano les decia: *Hijos, mi muerte no debe haceros derramar lágrimas: antes que vivir en ATENAS mentirosa, morir mil veces.*

Nosotros somos algo más de lo que en nosotros se vé; tenemos algo que no muere; yo no moriré, yo viviré y seré feliz, porque he sido bueno, y porque me matan por serlo.... No tacheis de injusto al tribunal que me condena.... ¡Es el tribunal de la patria!.... La patria me condena, debo morir, y la prueba de que debo morir, es que muero.

SÓCRATES no ha hecho jamás, sino lo que ha debido hacer; vosotros que sois jóvenes, vivid seguros de vuestra creencia, y seréis felices como yo lo soy ahora. Si yo soy dichoso, ¿no veis mi daimon? ¿no le oís? Muere, SÓCRATES, me dice; muere como has vivido, con la verdad en los labios y la compasion en el corazon. Yo muero. ¡Adios! El Dios desconocido está aquí.... y señalaba á su corazon.

Las tinieblas cayeron sobre ATENAS, la púdica DIANA alumbró un cadáver, y plateó las lágrimas de unos jóvenes. ATENAS dormia sobre su deshonra.

ATENAS no derramó una lágrima sobre el ca-

(1) Significando que sentia sentarse á la mesa de los Dioses.

dáver de SÓCRATES, porque no era digna de que la dijesen la verdad.

Un frondoso mítro brotó sobre la tumba de SÓCRATES, que creció tanto, que sus ramas cubrieron el mundo, y de sus blancas flores brotó el DIOS DESCONOCIDO.

Ese mítro fué.... PLATON.

Espritu de SÓCRATES.

CÍRCULOS PRIVADOS.

PARALELO ENTRE VIRGILIO Y HOMERO.

HOMERO y VIRGILIO son las dos columnas sobre que descansa el gran edificio de la imaginación de la antigüedad.

HOMERO es la segunda época de la poesía. Despues de haber mandado la humanidad el caramillo, despues de haber abandonado la humanidad de ser pastoril, entra á ser guerrera.

La poesía había tomado un nuevo carácter. Los tiempos heróicos habían llegado, y la musa no se inspiraba ya en las ondas de los lagos, ni en el susurro de los arroyuelos, ni en el dulce y encantador balido. Sucédele la trompa épica que suena, las guerras, las batallas, los lances amorosos, mezclando de sangre el fragor del combate, y el ruido de los que huyen, y el ruido de los que vencen. Todo esto basta para inspirar una poesía nueva, y el cantor de este poema es HOMERO.

HOMERO es el faro, á cuya luz se ve la GRECIA entera.

HOMERO es el primero que funda la poesía épica.

Pero los tiempos andan, los sistemas filosóficos hacen á la humanidad más reflexiva, la teogonía se espiritualiza en siete modos.

Una sociedad vieja va á morir.

MARIO y SILA han ensangrentado las calles de la ciudad eterna; una fulgurante luz brilla en la cima del GÓLGOTA; todo, en fin, anuncia una nueva era, todo respira movimiento, pero movimiento de agonía.

El gigante romano empieza á sentirse enfermo.

El cantor, el que pinta la sociedad de entonces, es VIRGILIO.

VIRGILIO no hace más que seguir las huellas de HOMERO, y sin embargo no consigue sino colocharse por bajo de él.

En HOMERO hay la naturalidad; en VIRGILIO hay el pulimento del estudio.

El uno canta una sociedad nueva. El otro un mundo viejo. VIRGILIO sabe más; pero es menos poeta. HOMERO siente en su pecho la poesía natural de la GRECIA; VIRGILIO la adquiere en los libros. El uno es rebuscado: el otro espontáneo.

HOMERO es más poeta. VIRGILIO más filósofo.

En una palabra, HOMERO es la expresión de un mundo que nace. VIRGILIO es el cantor de un mundo que espira.

Espritu de QUINTILIANO.

COMUNICACIÓN DEL ESPÍRITU DE LUGRECIA BORGIA.

Medium J. A. T.

20 de Mayo de 1867.

Yo soy Lucrecia Borgia, y me dirijo á vosotros porque os creo buenos y compasivos. He determinado por eso contaros mis sufrimientos; he reflexionado que, fuesen los que fuesen mis crímenes, había, en vuestra calidad de hermanos, de hallar en vosotros mucha más consideración é indulgencia que entre la turba de espíritus que me rodean. Unos me echan en cara un crimen, otros otro, y véome perseguida y acosada cual fiera por una jauría de perros rabiosos.

¿Quereis que os cuente mi historia?

Se le contestó que sí, y dijo:

Naci hermosa, muy hermosa, y esta fué la primera de mis desdichas.

En las gradas de un trono vi deslizarse mi infancia: esto os bastará para comprender la clase de educación que recibí. Festejada y adulada, no sólo por mi hermosura, sino más aún por mi título de princesa, pululaba á mi alrededor una turba de cortesanos corrompiendo mi corazón y mis, en su origen, nobles sentimientos.

Creí con tales disposiciones, y ya podeis suponer lo que llegaría á ser en la edad en que, sin dique las pasiones, lánzanse en revuelto torbellino con el estrépito de rápida e imponente catarsis.

Dieronme por esposo á un hombre á quien desde los primeros momentos odié con toda mi alma, porque en él adiviné, no al compañero cariñoso, sino al señor despotista y altanero, que en todo el curso de mi vida contrariaría mis impulsos y violentaría mis sentimientos. Los resultados

fueron los que debian ser. Ajena al cariño conyugal, que es el lazo de la mujer honrada, fui atravesando la vida, no como riachuelo tranquilo que no agita ni riza el aire, sino como mar embravecido que todo lo traga y lo engolfa en su seno abismoso.

Llegué á ser la Mesalina moderna, la querida de todos y la mujer que por uno de sus caprichos sacrificaba vidas y horas. Para concluir y decirlo en una palabra, á más de ser mala esposa, por término de mi vida de horrores fui hasta *paricida*.

¿Veis una niña alegre y juguetona corriendo tras una alada y pintada mariposa? Así era yo en mi temprana edad: soñaba en el amor puro, en la virtud y en los más nobles y levantados sentimientos. Encapótose el cielo de mi plácida existencia; sopló el huracán de las pasiones, y ya no fui la cándida e inocente niña que seguía por el verjel al alado y bello insecto, sino la terrible y fiera amazona que atravesaba bosques y salvaba barrancos y torrentes en persecución del rabioso jabalí, representado por la vanidad, la impureza y todas las más bajas pasiones.

COMUNICACION DEL ESPIRITU DE SAN PABLO SOBRE EL BIEN Y EL MAL.

Medium J. A. T.

14 de Marzo de 1868.

Bien es la ley divina: mal todo lo que de ella se aparta. Así como cuando los hombres dan una ley, consideran por malo al que no la cumple, así Dios al darnos la suya nos considera tambien malos si no la observamos.

El mal no existe, pues es sólo la carencia del bien, ó por mejor decir, la inobservancia de los preceptos de Dios. Lo que á Dios nos acerca es bueno; lo que de Dios nos separa es malo. Dios consiente que desobedezcamos su ley, porque nos ha criado sencillos e ignorantes, y con los mismos pesares que sentimos al faltar á la ley natural, nos castiga por la inobediente. El goloso paga su intemperancia con enfermedades que su estómago cargado le produce; de consiguiente, desde el momento que sufre por ello, conoce que la intemperancia es un mal y aprende á no ser loco. Sin esa libertad, el espíritu no aprendería nunca: por eso Dios dió la ley y le dió tambien al hombre libertad amplia para observarla ó desobedecerla. Bien

sabe Dios que al fin el hombre la observará, por que conocerá que le trae cuenta.

SECCION DE MAGNETISMO.

PREFACIO.

El magnetismo animal era ya conocido en los tiempos más remotos; pero como misterio, no como ciencia, y sólo en algunos manuscritos árabes se han encontrado rastros de este misterioso agente de la naturaleza.

A él deben atribuirse las curas milagrosas operadas por los sacerdotes en los templos, y los sortilegios que en la antigüedad se practicaban en EGIPTO, como el ÉXTASIS sonambúlico en que se colocan algunos faquínes de la India, tienen igual origen.

Al renacimiento de las ciencias, Nan, Helmont y Paracelso fueron los primeros que tuvieron una idea confusa del magnetismo; pero dejando aparte los esfuerzos de estos sabios para encauzar y hacer progresar el magnetismo, esta ciencia no fué practicada hasta el año 1773, sino á título de especulación, no como ciencia útil.

En 1773, en Austria, apareció un joven, doctor de la facultad de Viena, lleno de talento y de entusiasmo.

Antonio MESMER, fundador del Mesmerismo ó magnetismo, que ántes así se llamaba.

Bajo el nombre de magnetismo animal, empezó á sustentar la doctrina que más adelante y en memoria del sabio doctor que contribuyó á su propagación se denominó Mesmerismo, como hemos dicho.

Excusado parece decir que Mesmer tropezó con contradictores y enemigos: es forzoso confesar que alguna vez llamó al charlatanismo en su ayuda, testigo sus famosas varitas de quien todos habrán oido hablar; pero no puede desconocerse, porque no es menos cierto, que á pesar de sus debilidades y á pesar de las memorias desfavorables de la Academia de Ciencias, no faltaron sabios que conocieron que dejando aparte lo que al charlatanismo pudiera corresponder, en el fondo de la doctrina existía algo serio, y que lo que Mesmer llamaba magnetismo animal era una ciencia en gémen.

Mesmer concitó contra sí por sus curas milagrosas la envidia y el odio de todas las corporaciones científicas, que en venganza le motejaron de impostor y charlatán, llegando hasta obligarle á sufrir un exámen en que se le exigieron pruebas arbitrarias que forzosamente habían de salir mal.

Entonces celebraron su triunfo y le expulsaron de París; pero su paso había dejado rastro: algunos discípulos ilustres por su talento abrazaron su causa, que llegaron á ver triunfante por la lógica de los hechos, y obligaron á las corporaciones de buena fe á rendirse á la evidencia.

No debe extrañarse la oposición sistemática que encontró aquella ciencia y encontrarán todas en su principio, porque todos los grandes descubrimientos han tenido siempre numerosos detractores.

El magnetismo, pues, ha sufrido su martirio, así como Solomon de Cans, descubridor del vapor, á quien encerraron en una casa de locos; Galileo, que con la cuerda al cuello fué á retractarse públicamente de sus errores, cosa que no debe chocarnos con sólo recordar que la Academia de Medicina de París se opuso formalmente á que se enseñara la química en Francia, siendo prohibido su estudio por el Parlamento, por ley de buen gobierno, como diríamos aquí.

Hoy el magnetismo ha crecido, si así puede decirse, y como ciencia ha sido reconocida por marchar con firmeza hacia un fin útil á la humanidad, á saber, la terapéutica médica.

En Europa y América se han establecido clínicas, y muchos hombres notables viajan con el objeto de popularizar el magnetismo y operar curaciones extraordinarias en los casos desesperados.

No pretendiendo engolfarnos en eruditas investigaciones acerca del agente que produce los fenómenos que constituyen la ciencia de que nos ocupamos, diremos que el magnetismo es la aplicación de la voluntad ejercida por medio de los órganos con el ayuda de un fluido invisible sobre todos los seres de la naturaleza, fluido que pone en relación los cuerpos más distantes.

Ahora vamos á ver cómo se practica.

No es ciertamente el que vamos á explicar el único; pero es, sin disputa, el más general y más sencillo.

CAPÍTULO I.

PRÁCTICA.

Consideraciones generales.

I. Para producir los fenómenos magnéticos se exigen condiciones *subjetivas* ó inherentes al magnetizador (sugeto magnético), accidentales ó inherentes á las influencias de las circunstancias.

II. Las cualidades principales del magnetizador se dividen en cualidades físicas y en cualidades morales.

III. Las cualidades físicas son:

Magnetizador.

1.^a Buena salud.

2.^a Temperamento sanguíneo bilioso.

3.^a Buena alimentación.

Condiciones morales.

1.^a Firmeza de voluntad.

2.^a Fe inquebrantable en la verdad de la ciencia que profesa.

3.^a Cierto grado de desarrollo intelectual.

Magnetizado.

IV. Por punto general y cuando no se trata de curaciones.

1.^a Edad de 10 á 40 años.

2.^a Constitución física delicada.

3.^a Temperamento nervioso.

4.^a Impresionabilidad moral.

5.^a Voluntad pasiva.

6.^a Desarrollo intelectual.

Condiciones accidentales.

V. 1.^a Calma y silencio perfectos.

2.^a Pocos espectadores siempre, y ninguno en las primeras sesiones.

3.^a Una atmósfera seca, suficientemente oxigenada y sin corriente de aire.

4.^a Ninguna oposición de voluntad contraria, ó creencia negativa ó de influencia moral que neutralice.

CAPÍTULO II.

MÉTODO.

VIII. El magnetizador concentrará todo su pensamiento en el acto que va á ejercer, y después de haberse persuadido que saldrá bien, invitará con firmeza, pero al mismo tiempo con dulzura, al sujeto magnético á sentarse, á mirarle



con fijeza y á pensar exclusivamente en él, procurando evitar toda distraccion fisica ó moral.

IX. Hecho esto, el sugeto se sentará en una silla cómoda, apoyada la espalda y sostenida la cabeza por un almohadon.

X. A su vez el magnetizador se sentará en otra silla más elevada para dominar el cerebro del sugeto, y puestos los piés de este último entre los suyos, de modo que el cuerpo de ambos no esté separado más que un pie.

XI. En esta disposicion, coge con sus pulgares los del sugeto y los envuelve en el resto de la mano, y luego invita de nuevo al sugeto á concentrar su mirada en la de él. La de éste deberá ser viva y penetrante, los párpados inmóviles, las frentes separadas una pulgada, la respiracion profunda y detenida.

XII. Debe tener constantemente la voluntad de sumir al sugeto en el sueño magnético, continuando esta operacion con perseverancia, sin dejarse preocupar por los movimientos nerviosos ó la risa del sugeto, aumentando por el contrario el fuego de su mirada y la fuerza de su voluntad.

XIII. Al cabo de dos ó veinte minutos, segun el temperamento más ó menos nervioso de sugeto magnético, éste empezará á sentir algunos sacudimientos nerviosos generales, á guñar los ojos, á contraerse ó dilatarse desmesuradamente la pupila y desprenderse algunas lágrimas, abrir la boca, algunas veces suceder la palidez á un tinte sonrosado: todas estas son señales infalibles de un futuro y próximo sueño magnético, y deben dar á entender al magnetizador la medida de su fuerza magnética. Sin embargo, si la resistencia de este último durase más de media hora, será conveniente, sin que por eso se desespere del éxito, dejar la prueba para otra sesion.

XIV. Pero si el sugeto ha sucumbido al sueño, lo que se conoce en seguida por un suspiro profundo ó falta total de deglucion, el magnetizador debe seguir algunos minutos más en la misma posicion, sin ocuparse más que del efecto que aspira á producir, á fin de que por la concentracion de su voluntad provoque la secrecion y la emision del fluido. Despues debe levantarse y separar con cuidado su silla, sin dejar de mirar al sugeto sobre que opera y ponerse frente de él, todo lo cerca que sea posible, cuidando de que las rodillas de ambos no se toquen.

XV. En seguida empezará á cargar de fluido al sugeto, del modo siguiente:

Tres ó cuatro pases desde el cerebro hasta los piés, bajando por detrás de las orejas y siguiendo

la parte exterior de los brazos y las piernas, y por fin otros tres ó cuatro, bajando desde el cerebro por delante de la cara, y deteniéndose algunos momentos delante de los ojos, la nariz y la boca, continuando en seguida á lo largo del pecho, hasta el epigastrio, donde se detendrá algunos momentos, prolongando el pase hasta los piés.

XVI. Es de advertir que al llegar abajo, debe cuidar siempre el magnetizador, cuando levante las manos, hacerlo por los costados y no por delante del sugeto, á fin de no producir un movimiento encontrado en la circulacion del fluido.

XVII. Cuando el magnetizado esté suficientemente cargado, lo que se conoce en la impasibilidad cadavérica del rostro y todos los miembros, así como en el ojo, cuyas pupilas se vuelven hacia arriba, el magnetizador se enterará de si el sugeto se encuentra bien, asegurándose de ello tomando el pulso y preguntándole si experimenta algun malestar.

XVIII. Hay casos en que es peligroso el magnetizar, por exponerse á producir una congestión, en cuyo caso debe operarse una descarga parcial ó total, en caso necesario.

CAPÍTULO III.

Catalepsia de los brazos.

XIX. Se coge con la mano izquierda el pulgar del brazo que se desea cataleptizar, y se estira el brazo en la direccion que se desea dejarle cataleptizado: despues, con la mano derecha, empieza un pase que empiece en el cerebro y se detenga en la espalda sobre el músculo extensor, y continúa magnetizando, siguiendo el brazo del modo ordinario. A los dos ó tres pases hechos con energia y que deben acompañarse (si hace falta) de insuflaciones calientes, el magnetizador siente ordinariamente un sacudimiento que anuncia la rigidez cataléptica; entonces puede abandonar el brazo y envolverlo con las dos manos hasta producir la catalepsia por completo.

XX. Esta se habrá operado si ocurren las siguientes circunstancias:

1.^a Si la posicion del brazo permanece inviolable.

2.^a Si al dar en el brazo, es decir, á su extremidad, presenta una elasticidad oscilatoria.

3.^a Si las articulaciones presentan una rigidez cadavérica.

4.^a Si el brazo puede sostener un peso extraordinario durante algún tiempo.

Catalepsia de las piernas.

XXI. Despues de coger el pié del sonámbulo, el magnetizador le alarga con la mano izquierda la pierna en la posición que desee; luégo, reunidas, ejerce por un momento una presion con los dedos reunidos; siente como en el brazo el mismo sacudimiento: continúa haciendo los pases, bajando por toda la pierna hasta el pié, y sigue así hasta que pasando una mano y luego las dos, consiga cataleptizarla. Las insuflaciones del aiento para fortificar el fluido.

Del cuello.

XXII. Despues de haber dado á la cabeza una posición especial, se ponen los dedos encima de la cabeza y se hacen en la nuca algunas descargas de fluido. Insuflaciones tambien.

Parálisis del oido.

XXIII. Puesto detrás del magnetizado el magnetizador, hará una para con ambas manos sobre el cerebro, bajando hasta las orejas, y operará directamente sobre este órgano, moviendo los dedos como si modelase una estatua, pero sin tocarle. Despues, reuniendo los dedos, los colocará en el orificio del oido, y permanecerá así un momento en esta posición, haciendo despues una insuflacion caliente á cada oreja.

REGAZZONI.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

UN DORMILON INCORREGIBLE.

En un monasterio de Suiza, en donde los cartujos hacen la vida mas austera que se conoce, había un buen religioso que veia contrariados sus santos deseos por una inclinacion invencible al sueño. Con la mejor voluntad del mundo, jamás conseguia levantarse á las once para ir á cantar maitines. Pero la naturaleza que le había hecho tan dormilon, le había dado al mismo tiempo un gran talento para la mecanica. Sin estudios, sin

noción alguna de matemáticas, á fuerza de reflexion y de trabajo, había fabricado un reloj perfecto. Además de la campana, colocó en los ángulos de la muestra un ruidoso despertador, y en medio un mirlo, un gallo y un tambor. A la hora fijada, todos estos utensilios se ponian en movimiento y hacian un ruido espantoso. Por algun tiempo, se consiguió el objeto; pero poco despues cuando daban las once, el despertador rechinaba, el mirlo silbaba, el gallo cantaba, el tambor redoblabla.... y el monje roncaba.

Otro se hubiera desalentado.

El padre, invocando á su genio, imaginó hacer una serpiente que al dar las once se acercase para silbarle al oido: « *Ya es hora, arriba.* »

La serpiente fué más hábil que el mirlo, el gallo, el tambor y la campanilla, que no por eso dejaban de hacer un ruidoso suplementario.

Pero ¡ay! el placer que le causó el poder despertarse fué aguado por un triste descubrimiento.

El no se había creido mas que dormilon, y se halló con que era á la vez perezoso.

Despues de despertar vacilaba en abandonar su dura tarima y á poco tiempo que se detuviese en saborear la dulzura del lecho, volvia á cerrar los ojos y á quedarse dormido.

Esto era ya inaguantable.

El religioso se sentia culpable y el mecánico se hallaba humillado: no podía ser menos que el diablo tomase cartas en el asunto.

En seguida dispuso una pesada tabla encima de su lecho, de tal suerte que iba á caer sobre los piés del perezoso diez segundos despues de la caritativa advertencia de la serpiente.

Y más de una vez el pobre monje se encaminó al coro cojeando y magullado.

Pues sin embargo, ¡quién lo creería! Bien sea que la serpiente se hubiese quedado ronca, ó que la tabla se hubiese hecho menos pesada, ó el anciano más dormilon, lo cierto es que pronto hubo necesidad de otra invención, y todas las noches se ataba al brazo una fuerte cuerda que á la hora fatal le tiraba sin piedad y le arrojaba de la cama.

Aquí llegaba y aún no se habían agotado en su cabeza los proyectos somnolientos cuando le llegó la hora de dormirse para siempre, y entonces el ferviente cristiano lleno de confianza en su Dios omnipotente exclamó:

¡Oh Dios mío! ¡Ahora sí que me despierto!

UN SUEÑO MAS.

Los sueños, se ha dicho hace mucho tiempo, son una segunda vida, y así es la verdad; pero una vida llena de encantos y maravillas; una vida en que lo ilusorio es real, en que los deseos se cumplen con la velocidad del pensamiento y en que el despertar es por lo general lo más doloroso de un estado que parodia la muerte, y sin embargo es más agradable que la vida. Convencido yo de que la dicha no existe en la tierra sino soñada y de que puede por el recuerdo durar tanto como la existencia, me dediqué desde los primeros años á escribir los delirios de mi cabeza dormida, para recrearme después al pasar por ellos mis ojos despiertos, y hé aquí uno de la hermosa colección que conservo, quizás el menos raro y extravagante de cuantos han agitado mi cerebro.

Habrian trascurrido algunos minutos después de envolverme en mi solitario lecho, una de las últimas noches del año 1865, cuando me quedé dormido. Poco á poco y como si despertara á una nueva vida, sentí que me separaba de mi cuerpo, y cosa extraña! en aquel estado contemplaba á la parte material de mi ser como á un compañero que se abandona en peligro inminente y que sin embargo no causa pena. Fijé mi intensa mirada en su rostro, conté las palpitaciones de su corazón y me dije: puede vivir sin mí algún tiempo; ¡vámonos!

Un instante después me hallaba fuera de la tierra y esta apareció á mi vista como una bola todavía voluminosa, iluminada una mitad, oscura la otra y envuelta á trechos por espesas brumas. Después el achicamiento fué haciéndose más sensible cada vez y apareció un instante como una gigantesca luna; por último, mis ojos la confundieron con los demás astros.

Me encontraba á muchísimos millones de leguas de mi pobre planeta, y temiendo perderme en la inmensidad del espacio, detuve mi marcha. Como me hallaba fijo en un punto y todo se agitaba en torno mío, la sensación que experimenté es indescriptible. Contemplar el movimiento desde fuera de él, desde la inercia misma, es lo que hasta el presente no le ha sido permitido á criatura alguna. Una armonía inconcebible, un eco sonoro que recorría todas las esferas, conmovió hasta el fondo de mi alma, y loco y aturdido me creí por un momento aniquilado, sumergido quizás en los misteriosos límbos del no ser. Era el concierto infinito producido por el choque de los astros con

el éter, al seguir en vertiginosa carrera la curva que á cada uno trazara la ley que gobierna los espacios. Reconcentré por algunos instantes el pensamiento en mí mismo, la voz del infinito, resonando en toda su portentosa majestad, llegó casi á convencerme de que mi ser había desaparecido quizás arrebatado por la onda sonora que conmovía las extensiones. Después y hasta cierto punto dueño de mi mismo, extendí la vista por la anchuriosa esfera. ¡Cuánta maravilla! Vastas oleadas de mundos describiendo círculos inmensos pasaban rodando á mi alcance. Lucientes unos, opacos otros, dejaban todos trás si una estela de perfumes. Sin chocarse jamás, eternamente en perpetuo movimiento, el espacio sin fin presentaba el aspecto de un infinito remolino de brillantes.

Allá un sol vertiendo torrentes de luz sobre un sinnúmero de planetas, pasaba con su majestuosa cohorte de mundos, que se agitaban en derredor suyo como se agita una pléyade de mariposas en torno de una vacilante llama, pero sin precipitarse sobre ella jamás. Allá un cometa, viajero errante de los cielos atravesaba mil y mil sistemas en ráuda, velocísima carrera para agitar después su cabellera de brumas en las insondables profundidades de la sombra. Más allá una nebulosa, vasto hormiguero de soles, parecía señalar el límite de lo ilimitado, pero más allá y más brillante aún, lucía otra.... y otra, y otra y siempre más allá...

Cansado, desfallecido, porque el infinito abruma, me creí por un momento reducido á una idea absorbida por el abismo de lo desconocido. No quiero ver más; exclamé, tanta luz oscurece mi inteligencia, quién ha vivido entre las sombras de un pequeñísimo planeta, ¿cómo podrá resistir los resplandores del infinito? ¡Oh! basta á mi impaciencia un círculo pequeño, quiero observar lo que casi toco con la mano, un grano de arena nada más de la inmensa playa de los cielos; y mi vista abarcó entonces tan sólo ese misterioso anillo de soles que se llama Vía Láctea.

Planetas gigantescos coronados de lunas giraban ostentando tranquilos mares, continentes cubiertos de verdura, entrecortados por caudalosos ríos; dilatadas cordilleras con su diadema de nieblas, populosas ciudades sembradas aquí y allá, de donde parecía surgir un confuso rumor, quizás el aliento de la multitud, porque aquella humanidad, como todas las que pululan por el espacio inmenso se ven como la nuestra condenadas á seguir describiendo eternamente una curva, un fin.

Otros mundos á manera de solitarios peñones

caminaban sin mostrar señal alguna de vida en sus dilatadas soledades.

Cada movimiento en ellos, era un cataclismo, todo vaiven precursor del estallido de cien volcanes, ó de la explosión de espantosas tempestades, desapareciendo al cabo en otros horizontes entre negruzcas humaredas; globos en fin de pequeñísima magnitud, pasaban igualmente trazando desiguales curvas, cubiertos de una rica y variada vegetación, como un gigantesco castillo de flores perdido en el espacio. ¡Admirable é incomprendible conjunto!... Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño regido por la misma ley. Oleadas de soles y oleadas de moléculas, arremolinándose en lo ilimitado del soplo vivificador de la vida. ¡Ah! exclamé deslumbrado, confundido. ¿Qué fuerza misteriosa rige las esferas? ¿Qué mano omnipotente traza senderos á los mundos? ¿Qué aliento poderoso agita el torbellino de soles que llena la inmensidad? ¿Quién? — ¡Dios! interrumpió una voz junto á mi causándome un estremecimiento inexplicable. — ¡Dios sí!

— ¡Ah! ¿Te anonada este nombre porque te sientes aquí cerca de ÉL? No temas, escucha; y el blanco serafín que así me hablaba rodeó mi cintura con el brazo, extendió la diestra mano señalando la altura; una nube de perfumes que calmó mi fiebre nos envolvió por un momento; en su alba frente brillaba la purísima luz de las esferas de la eterna ventura, aquella luz fué disipando las sombras que oscurecían mi espíritu, mientras la proximidad de aquel sér del mundo de las dichas me hacia tan feliz como no es posible imaginar. Tú, pobre criatura, continuó, crees haber sorprendido el infinito porque has visto girar algunos millones de mundos en el vacío, y no sabes que ese espacio que tanto te admira es quizá el efecto más pequeño del que habita la región de las causas! Te deslumbra tanta luz y es el más opaco de sus resplandores, la sombra que le oculta para que no te aniquilen sus vivísimos destellos! ¿Qué es la luz? Materia, en movimiento y sin embargo el rayo es perezoso... Un día el Increado miró al espacio y se llenó de mundos, sonrió á la inmensidad y se pobló de seres, y seres y mundos desde entonces ruedan atravesando todas las esferas en busca del padre universal; por eso la creación gravita hacia Dios, como los planetas hacia el astro, rey del sistema. Si, la vida del universo es la aspiración á la Divinidad, ¡ah! pero desde la creación á Dios media todavía un infinito. Los seres llevando en sí el aliento de las causas, atraviesan la naturaleza

toda envueltos en sudarios de materia y no saben que tras de ese infinito *extenso*, hay otro *intenso* que penetrar. ¿Pero qué impulso supremo podrá llevarlos al seno del que es la eterna dicha? El amor, sólo el amor, porque es la esencia de todo, la única idea que ha presidido á la formación de los mundos, porque la creación no es más que el pensamiento de un instante del Todopoderoso realizado por el *fiat*. El amor es la ley suprema, y es á la vez, creación, formación, vida, desarrollo, término en fin.

El amor es la única forma de mando de la Divinidad, *amaos los unos á los otros*, hé aquí todos los decretos celestes.

Pero los átomos reposan dispersos en las vastas soledades del espacio.

Unos, asociados, amaos, suena en la altura, y un torbellino atraviesa todas las extensiones, insondables oleadas de luz se amontonan en ese Océano sin orillas que se extiende ante tu vista, suenan cataclismos, sobrevienen diluvios de rayos y en medio de aquella inmensa catarata cósmica quedan trazados invisibles senderos que recorren los mundos al rojizo resplandor de innumerables soles y la creación que para formarse á impulsos del *fiat* se atropella á si misma, envía á su Creador una sonrisa, bañada en llanto por el rocío que humedece las florestas del Eden. Mas el amor no concluye. Los astros á través de la inmensidad se aman aún y tienden á estrecharse, á confundirse, y sin embargo, cuando vosotros, ¡pobres criaturas! sorprendéis las caricias de las constelaciones, llamáis al amor del infinito *gravitación*! Fijais la mirada en los mares y á sus palpitaciones dais el menguado nombre de *mareas*; afinidad al amor de los cuerpos, y *atracción* á la promesa de consorcio de las moles, sin comprender que no son sino formas de realización de la ley de los infinitos en sus manifestaciones, porque es causa y efecto á la vez, porque es Dios.

¿Quieres una prueba más palpable? Péntrate en las florestas, y en una sola planta verás un paraíso de amores. Raíces, ramas, hojas y tallos no tienen más que un objeto, servir de sostén y proporcionar alimento para que la flor sea, porque la flor es la explosión del delirio amoroso del vegetal, así como la semilla es el fruto de sus afanes, y finalmente, si en el reino animal fijas tu mirada verás que se parte en sexos para amarse más, porque el amor á medida que va siendo más grande, necesita un objeto también más grande que le contega.

La creación es el desbordamiento del amor de

Dios, por eso es infinita. Teniendo la obra del Eterno por fundamento el amor, todo el que ama habita la region de las causas, está en contacto con la Divinidad; la caridad es un hábito celeste. Los seres, pues...» al llegar aquí, un nombre resuena en torno mio. El querube entonces señala un punto en el espacio, y exclama: «Marcha, te llaman de tu mundo.»—«Cómo volver, si me hallo perdido en la inmensidad?—Ese hilo de luz que te ha seguido hasta aquí te conducirá al cuerpo que dejaste abandonado...»

Un segundo despues oia estas palabras:—Señorito, ¡qué dormido está usted! ¡arriba, que es ya muy tarde... mientras yo repetía para mis adentros soñando aún:—¿Por qué habré venido? Y ya completamente despierto:—¡Cuánto he soñado!

RAFAEL FECED.

MISCELÁNEA.

Asociacion economista de Londres.—En una de las últimas sesiones de esta sociedad uno de sus individuos, el Sr. Taylor, leyó una Memoria, exponiendo un plan destinado á que las mujeres puedan desempeñar los cargos administrativos. El autor manifestó, que hace dos años había expuesto el mismo asunto; pero que las circunstancias actuales eran más favorables por las reformas que se están esperando en todos los ramos de la Administracion. Aconsejó que empezasen las innovaciones empleando á las mujeres en el ramo de Telégrafos.

Sociedad Antropológica española.—El domingo 21 de Febrero, se efectuó en esta capital la inauguracion de las tareas anuales de esta sociedad, con una numerosa y escogida concurrencia. Despues de la memoria sobre las tareas de la Asociacion, leída por el secretario Sr. Delgado Jugo, el socio D. Francisco Fernandez y Gonzalez, dió lectura de un eruditio discurso, cuyo lema era: *Del lenguaje hablado considerado en su origen, y primeras determinaciones formales segun el criterio de la razon humana.* Ambos trabajos fueron escuchados con marcadas señales de complacencia, por más que lo árido de la materia se prestase poco á la galanura poética de que otros asuntos son

susceptibles, dificultad que han sabido vencer con extremado acierto sus autores.

Galería antropológica del museo de París.

Esta galería se ha enriquecido durante el año ultimo, con cerca de 400 objetos, entre ellos 47 cráneos de momias, 7 de negros del Gabon, 30 de diferentes razas; 12 lienzos al óleo con tipos abisinios, egipcios y negros; un cráneo de una sepultura romana, otro de mujer descubierto en un monumento céltico del bosque de Compiegne; y finalmente una hermosa colección de cráneos y otros huesos recogidos en la caverna de Cro-Magnon, en el Perigord.

Conferencias dominicales para la educación de la mujer.—El domingo 21 de Febrero, y bajo la presidencia del Sr. Ministro de Fomento y Director de Instrucción pública, se verificó en el salon de grados de la Universidad, la inauguracion de las conferencias dominicales para la educación de la mujer. El Sr. D. Fernando de Castro, rector de la Universidad central, leyó un brillante discurso, habiendo sido frecuentemente interrumpido por los entusiastas aplausos de la distinguida concurrencia que ocupaba el salon.

No menos notable y aplaudida fué la conferencia del Sr. Sanromá, que versó acerca de lo que ha sido, es y debe ser la educación social de la mujer en la sociedad doméstica, en la sociedad civil y en la política.

Escuelas dominicales en Berlin.—Son curiosos los siguientes datos relativos á las escuelas dominicales existentes en Berlin durante el año de 1868. El número de aprendices que frecuentaron dichas escuelas se elevó á 1793, de los que 500 eran ebanistas, 312 albañiles, 201 tejedores, 108 carpinteros, 104 herreros, 72 zapateros, 70 sastres, 70 aserradores y 50 de otras profesiones. Las escuelas son cuatro y abrazan en totalidad 16 clases, existiendo además una especial de ebanistería y otra de tejedores.